

PREMIO JAÉN DE NARRATIVA JUVENIL 2019

ÁLVARO COLOMER

AHORA LLEGA EL SILENCIO



ÁLVARO COLOMER

AHORA LLEGA EL SILENCIO



montena

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@somosinfinitos



@somosinfinitos



@somosinfinitoslibros

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

PARTE/1



1

Astrea corría para salvar su vida. Había robado una botella de agua y una lata de conservas, y era consciente de que poseía un botín demasiado valioso como para que no la mataran.

Oía las zancadas de los salvajes a sus espaldas y también las amenazas que lanzaba su líder desde la distancia. Era la voz de Rey Muerte, un desalmado de veintidós años que cada atardecer, cuando el ocaso caía sobre Barcelona, gritaba su nombre a los cuatro vientos:

—¡Yo soy Rey Muerte y acabaré con todos vosotros!

Se encaramaba a la cabina de un camión para lanzar su amenaza, y los niños, ocultos tras las ventanas de los edificios, observaban su silueta apenas iluminada por los últimos rayos del Sol: el bate de béisbol tachonado de clavos, el cráneo de perro a modo de sombrero, el tatuaje de una calavera en el pecho...

—¡Recordad mi nombre, malditos cobardes: me llamo Rey Muerte y soy el dueño de vuestros destinos!

Cuando su bramido inundaba el barrio, los supervivientes se estremecían y siempre había alguno que rompía a llorar. A veces el llanto era tan desolador que se escapaba por las rendijas de la persiana, alcanzaba el asfalto y llegaba hasta donde se encontraba el tirano, quien de inmediato mandaba a sus secuaces al bloque del que provenía el sollozo. Entraban en la portería, registraban los pisos y, cuando localizaban al niño, el lamento cesaba. Ya no se oía nada. Nada, salvo las carcajadas de los salvajes.

—No os podéis esconder de mí —proclamaba a continuación Rey Muerte—. Yo lo oigo todo, yo lo veo todo, yo lo sé todo. ¡Y vosotros desapareceréis pronto!

Astrea había robado la botella de agua y la lata de atún a ese loco. Y ahora corría. Corría en la noche de la ciudad desierta. Corría para ponerse a salvo, para llegar a casa, para conservar la vida.

Pero sus perseguidores le pisaban los talones. Tenía dieciséis años y el estómago vacío; ellos rondaban la veintena y habían cenado dos veces. Y es que, cuando el Caos se adueñó de la ciudad, los salvajes saquearon las tiendas y se apoderaron de los víveres. Desde entonces, los supervivientes tenían que alimentarse de plantas, de insectos y, si había suerte, de alguna paloma.

Habían transcurrido seis meses desde la llegada del Silencio. Así llamaban al día en que los adultos murieron. Todas las personas mayores de veintidós años, desde la primera hasta la última, cayeron fulminadas en apenas tres horas y los que no perecieron, niños, adolescentes y jóvenes, se encontraron solos de pronto.

Al principio, cuando el Caos todavía no reinaba en la ciudad, los supervivientes se organizaron por barrios. Se reunían en las plazas para tomar decisiones sobre la forma en que habrían de gobernarse a partir de aquel momento, para intercambiar los conocimientos adquiridos en la escuela y, sobre todo, para especular sobre los motivos de la llegada del Silencio. Formaban corros alrededor de las hogueras y los más mayores lanzaban teorías al respecto; la más aceptada era que debía de tratarse de algún tipo de virus que afectaba únicamente a los adultos. Se afirmaba que el planeta, al verse al borde del colapso, había lanzado una pandemia mundial capaz de erradicar de un plumazo a esos seres humanos que provocaban el efecto invernadero, que contaminaban los ríos, los mares y los océanos, que fabricaban artilugios nucleares con los que podían erradicar toda forma de vida. Pero también se decía que, en un último acto de generosidad, la naturaleza había decidido que el virus solo afectara a los adultos, es decir, a los auténticos responsables de la destrucción del ecosistema, y había permitido la supervivencia de aquellos a quienes no se les podía culpar de nada: los niños.

Por eso había llegado el Silencio: para que la humanidad empezara de nuevo.

Y al día siguiente, cuando los adultos hubieron muerto, la ciudad amaneció en la más absoluta de las quietudes. No rugían los coches, no humeaban las fábricas, no volaban los aviones. La tecnología había enmudecido y, pese al dolor que inundaba el corazón de los niños, estos vivieron aquel momento como un acontecimiento maravilloso. Astrea todavía recordaba los sonidos de aquella jornada: el canto de los pájaros, el silbido del viento, el chapaleteo de la lluvia sobre el asfalto. Fue el primer día de la Nueva Era. El año 1 después del Silencio.

Evidentemente, la belleza con la que amaneció el mundo contrastaba con el horror que provocaba contemplar los cadáveres tirados por el suelo. Los adultos habían perecido de improviso y sus cuerpos continuaban en el mismo sitio en el que habían caído, ya fuera en la calle, ya en sus lugares de trabajo. Los niños más pequeños, incapaces de comprender qué había ocurrido, se pasaron los primeros días llorando junto a los restos mortales de sus seres queridos, y los mayores, algunos de los cuales ya iban a la universidad en el momento de la llegada del Silencio, advirtieron a los demás sobre el riesgo de una epidemia. Así que se decidió retirar a los muertos y se organizaron patrullas para entrar en los edificios a la búsqueda de difuntos. Pero era una tarea desagradable —demasiados cadáveres, demasiados recuerdos, demasiadas lágrimas— y algunos se negaron a realizarla. Decían que no se veían con fuerzas para emprender semejante labor y se cruzaron de brazos mientras los demás trabajaban.

Fue entonces cuando surgieron las primeras discrepancias. Muchos supervivientes no entendieron que unos se pasaran el día amontonando difuntos mientras que otros los observaban como si aquel asunto no fuera con ellos, y una semana después todos habían desistido en su

empeño de enterrar a los muertos, sin importarles que una enorme cantidad de cuerpos, algunos de los cuales pertenecían a sus propios familiares, quedara abandonada en el interior de los pisos.

Astrea no fue de las que olvidó a sus seres queridos. No quería que los restos mortales de sus padres yacieran para siempre en el despacho de arquitectos que compartían y, dos días después de la llegada del Silencio, fue a darles sepultura. Los encontró tirados sobre el parquet, fundidos en un abrazo, como si el virus les hubiera pillado dándose un beso. Era una imagen reconfortante: su último gesto en este mundo había sido una manifestación de amor. Con todo, aquella forma de perecer no hacía más llevadera la misión que la chica tenía por delante. Enterrar a sus progenitores no solo resultaba una tarea emocionalmente demoledora, sino también físicamente agotadora. Astrea se apropió de una carretilla y transportó primero a su madre, a quien enterró junto a una acacia del parque de la Ciudadela, y luego hizo lo propio con su padre, tras cavar una fosa al lado de la primera. Durante los meses siguientes, y hasta que el Caos se adueñó de la ciudad, les llevó flores a diario y les fue contando cuanto ocurría en Barcelona. Se sentaba junto al árbol, con la espalda apoyada en el tronco y los pies descalzos sobre la hierba, y les narraba el modo en que los supervivientes luchaban por construir un mundo nuevo. A veces recordaba en voz alta algunos momentos felices vividos junto a ellos y sonreía convencida de que sus progenitores la miraban desde allá arriba en el cielo.

Por desgracia, hubo niños que no tuvieron la entereza necesaria para enterrar a sus familiares. De hecho, los supervivientes cuyos padres murieron en sus domicilios habituales terminaron abandonando sus propias casas porque no soportaban la visión de los cuerpos en pleno proceso de descomposición. Durante las primeras semanas, se podía ver a esos huérfanos vagando por las calles sin saber adónde dirigirse y, como en aquella época los supervivientes todavía se ayudaban los unos a los otros, se organizaron partidas para localizarlos y darles cobijo. Sin embargo, entre aquel ejército de chavales desamparados, sobresalían algunos que habían enloquecido y no aceptaban la ayuda de nadie. Caminaban erráticos por las avenidas, evitaban cualquier contacto con otros humanos, dormían en los túneles del metro o en los cajeros automáticos, donde pronto empezarían a morir de una manera que, hasta ese momento, nadie hubiera podido imaginar.

Porque a esos niños no les mató el hambre, ya que en aquella época había alimentos de sobra; ni la enfermedad que había acabado con sus padres, puesto que enseguida se demostró que el virus solo afectaba a los mayores de veintidós años; ni tampoco el frío, dado que el Silencio llegó a mediados de marzo y el clima ya se había atemperado. No, nada de eso terminó con los huérfanos convertidos en mendigos. Lo que acabó con ellos fue la crueldad de los chicos más mayores, los que se acercaban peligrosamente a la edad límite, los que sabían que morirían pronto.

Y es que, tras la llegada del Silencio, los supervivientes se dieron cuenta de que algunos de sus compañeros morían de un modo tan fulminante como lo habían hecho los adultos, y no tardaron en deducir que el virus continuaba activo y que atacaba el organismo de los humanos a partir de cierto momento de su desarrollo. En concreto, cuando superaban los veintidós años, a veces incluso veintiuno. Y al descubrir esto, todo cambió. La armonía que había reinado en la ciudad se

desvaneció y empezaron los enfrentamientos.

Ser conscientes de que el virus también acabaría matándolos hizo que los jóvenes de diecinueve, veinte y hasta veintiún años se convirtieran en salvajes. Ya no les importaba nada, no veían la necesidad de reconstruir la sociedad, no tenían esperanzas de futuro. Y, tres meses después de la llegada del Silencio, las calles fueron tomadas por los que ahora eran los nuevos adultos. No había nadie más fuerte que ellos, no había nadie más experimentado que ellos, no había nadie más egoísta que ellos. Y por eso implantaron un orden social basado en el miedo, en el dolor y en aquello que mejor sabían imponer: el Caos.

Lo primero que hicieron fue saquear los supermercados, vaciar los almacenes de las fábricas de procesados y arrasar los campos de cultivo. No les importaba que el mundo se hundiera porque ellos morirían pronto y su crueldad alcanzó cotas insospechadas. Se deshicieron de los vagabundos, a quienes atacaban por la noche con una saña injustificada; después empezaron a maltratar, e incluso matar, a los niños que se les acercaban pidiendo ayuda. También instalaron controles en los que se exigía la entrega de víveres a quienes paseaban por las calles y ejercieron tal violencia sobre la población que en pocos días la ciudad quedó desierta.

Al principio, algunos supervivientes protestaron por la implantación de esta tiranía, pero, cuando se produjeron los primeros crímenes, todos agacharon la cabeza y aceptaron que se había impuesto la ley del más fuerte.

Con el paso del tiempo, estas bandas de malhechores devinieron en auténticos escuadrones de la muerte que mataban por el mero placer de hacerlo y que irrumpían en los apartamentos para saquear las alacenas, destruir los muebles y exterminar a los inquilinos.

Astrea también sufrió las consecuencias de la proliferación de aquellas pandillas, la más famosa de las cuales, la de Rey Muerte, había instalado su centro de mando en la calle donde ella vivía. Estuvo observando a aquel tirano durante un mes entero, hasta que un día decidió plantarle cara. Llevaba más de una semana con el estómago vacío, solo había comido un puñado de almendras, no tenía nada que echarse a la boca. De los grifos ya no manaba agua y el suministro eléctrico había quedado interrumpido. Si no hacía algo, moriría pronto. Así que una tarde, cuando ya quedaba poco para la irrupción de la noche, abandonó su casa, bajó las escaleras y pisó el asfalto.

En medio de la calle, sentado en lo alto de la cabina de un camión, se encontraba Rey Muerte. Observaba el paisaje apoltronado en una butaca y golpeaba la plancha del vehículo con su bate de béisbol. Visto de cerca, era un chico normal: ni fuerte ni débil, ni alto ni bajo, ni guapo ni feo. Pero el cráneo de perro y el tatuaje en el pecho le otorgaban un aire siniestro. A pie de calle, a la sombra del tráiler, descansaban sus secuaces, que charlaban entre ellos animadamente, orinaban en las ruedas del vehículo y se emborrachaban con el alcohol sustraído de los bares. Se habían adueñado del barrio, pero aspiraban a hacer lo propio con toda la ciudad, ya que la crueldad de su líder superaba con creces a la de las otras tribus dispersas por Barcelona.

Rey Muerte estaba loco, pero era el único que tenía acceso a los alimentos. Y Astrea necesitaba comer. Lo necesitaba tanto que caminó hasta el camión y, obviando a los salvajes que la fueron

rodeando a medida que avanzaba, se plantó ante aquel monstruo y le dijo:

—Tengo hambre.

—No hay comida —respondió el otro sin tan siquiera mirarla.

—Sí, sí que la hay. La tienes tú y no te pertenece.

Al captar el tono desafiante de la muchacha, Rey Muerte se incorporó, puso los brazos en jarra y repitió el mensaje:

—He dicho que no hay comida.

Tenía la camisa entreabierto y la calavera que adornaba su torso parecía mirar a Astrea.

—No puedes dejarnos sin víveres —insistió ella—. Nadie te ha dado autoridad para hacerlo.

Rey Muerte saltó sobre el capó del camión y después sobre el asfalto, y lentamente se acercó a la chica.

—Yo puedo hacer lo que quiera. Soy el dueño de este barrio y pronto lo seré de toda la ciudad.

Astrea retrocedió unos pasos. Tenía dieciséis años y, pese a su complexión atlética, jamás habría podido enfrentarse a aquel individuo.

—Si no nos dejáis comer, moriremos.

—Por mí como si os devoráis los unos a los otros. En realidad, me encantaría que eso ocurriera.

—Pero ¿por qué?

Rey Muerte esbozó una sonrisa llena de dientes picados y soltó:

—Porque disfruto viéndoos morir.

Astrea nunca hubiera imaginado semejante grado de locura y, asqueada por aquellas palabras, replicó:

—Tienes veintidós años y pronto serás tú quien muera. El virus ya debe de haber entrado en tu organismo y en cualquier momento caerás desplomado como un árbol viejo. Y entonces seremos nosotros quienes reiremos.

Rey Muerte se enfureció ante la verdad implícita en aquel comentario y, visiblemente nervioso, gritó:

—¡Yo no voy a morir! Yo seré el primer superviviente que supere la barrera de los veintidós años.

—Eso es una estupidez. Tú morirás igual que los otros y nosotros escupiremos sobre tu tumba.

Fue oír esto y levantar el bate de béisbol para machacar a Astrea, algo que sin duda habría hecho si, de repente, ella no hubiera saltado hacia la derecha, cogido una mochila que alguien había dejado en el suelo y salido disparada con tanta premura que nadie supo reaccionar hasta pasados unos segundos.

Ahora Astrea corría por las calles de Barcelona. Corría como alma que lleva el diablo mientras sus perseguidores le pisaban los talones. Sentía los latidos del corazón en las sienes y un sudor frío inundaba su frente. Los salvajes ganaban terreno a cada zancada y ella, debilitada por la falta de nutrientes, acusaba el cansancio. Apretó el paso todo lo que pudo, pero no lograba quitárselos de encima, y cuando ya quedaba poco para que le dieran alcance, dobló una esquina y saltó al

interior de un contenedor de basuras, desde donde vio que sus acosadores pasaban de largo.

Astrea debería haber aprovechado aquella circunstancia para salir de nuevo a la calle y echar a correr en sentido contrario, pero necesitaba reponer fuerzas y abrió la lata de conservas, volcó el atún en su boca y rebañó el recipiente con los dedos. La comida le supo a gloria. Hacía tiempo que no disfrutaba tanto ingiriendo un alimento y, pese a los riesgos que corría si continuaba escondida en aquel contenedor, quiso exprimir el momento al máximo. Apoyó la cabeza contra la pared de plástico, cerró los ojos y, al abrirlos de nuevo, contempló el cielo. Era un espectáculo de una belleza extraordinaria. La contaminación había desaparecido; y las estrellas brillaban con fuerza y la luna asomaba resplandeciente. El mundo, pese a todo, era un lugar hermoso.

Permaneció escondida en aquel contenedor durante más de una hora y después se dirigió a su casa. Caminó por la ciudad desierta con mucha cautela, temerosa de que algún salvaje surgiera de entre las sombras, y cuando alcanzó el portal y accedió al interior de su edificio, respiró aliviada. Subió por las escaleras con lentitud y, mientras lo hacía, palpó el interior de la mochila. Sus dedos tocaron la botella de agua y, por primera vez desde la llegada del Silencio, Astrea se sintió lo suficientemente fuerte como para sobrevivir a la Era del Caos.

2

Astrea vertió el último chorro de agua en el vaso y se lo bebió de un trago. Había dosificado la botella durante tres días, pero ahora estaba vacía y la sed volvía a ser insoportable.

Pese a esto, no podía salir a por víveres. Rey Muerte había ordenado a sus secuaces que la buscaran e incluso había puesto vigías en las azoteas del barrio. Jamás le perdonaría que le hubiera robado sus provisiones y cada noche, encaramado a la cabina del camión, se lo recordaba a gritos:

—¡Te encontraré, ladrona! ¡Te encontraré y te torturaré hasta que supliques por tu vida!

Los salvajes todavía no habían inspeccionado su edificio, pero era cuestión de suerte que lo hicieran en cualquier momento. De hecho, aquella misma tarde habían entrado en las viviendas de la acera de enfrente y, si estaban barriendo la zona de un modo sistemático, no sería de extrañar que al día siguiente accedieran a su inmueble.

Astrea tenía que abandonar el barrio, puede que incluso la ciudad, y tenía que hacerlo ya. Podía viajar hacia el norte, hacia Francia, donde tal vez existiera alguna comunidad en la que reinara la concordia, o dirigirse hacia el oeste, hacia las montañas, donde quizá encontrara un pueblo abandonado en el que instalarse. Sí, huir era la única opción, aun cuando eso la condenara a una vida lejos de sus recuerdos.

Decidió marcharse esa misma noche y, tras guardar algunas cosas en la mochila, entre estas una linterna, un mechero y una navaja, salió a la calle. Pero no había avanzado ni veinte metros cuando un escuadrón de salvajes dobló la esquina y rápidamente se arrimó a la pared, se deslizó por el muro y entró en una portería.

Se lanzó escaleras arriba en busca de algún apartamento en el que esconderse, y todavía no había alcanzado la tercera planta cuando vislumbró una sombra que corría por el rellano y trataba de alcanzar la puerta entreabierta de un piso. Astrea fue más rápida que el desconocido y, accionando la apertura automática de la navaja, se la colocó en el cuello.

—Tengo comida —dijo el desconocido creyendo que lo iba a matar.

Era evidente que no se trataba de un salvaje. De hecho, solo era un chico de su misma edad tan asustado que parecía a punto de desmayarse.

—Me persiguen —susurró Astrea—. Déjame entrar en tu casa.

Accedieron al apartamento sin que ella apartara la navaja de su pescuezo y echaron los cinco pestillos de los que estaba provista la puerta. Después avanzaron por el pasillo y, cuando llegaron a la cocina, Astrea sintió que las piernas le flaqueaban. Allí dentro había más de una docena de garrafas de agua, un centenar de latas de conservas y un número indeterminado de bolsas de frutos secos.

—¿De dónde has sacado todo esto?

—Lo cogí tan pronto como llegó el Silencio —respondió el otro, todavía temblando—. Imaginé que, tarde o temprano, los alimentos escasearían y quise anticiparme a la hambruna.

Astrea no lo escuchaba. Se había abalanzado sobre una bolsa de almendras y las devoraba con tanta prisa que incluso se atragantó.

—Me llamo Néstor —soltó de pronto el chico.

Ella lo miró de soslayo y, en vez de decir su nombre, preguntó:

—¿Cuánto tiempo llevas escondido?

—Desde el principio.

—¿Desde la llegada del Silencio? De eso hace seis meses...

—Lo sé. Ese día yo estaba enfermo y no fui al colegio. Mis padres se marcharon por la mañana y nunca regresaron. Cuando vi los cadáveres en la calle, comprendí que se acercaban tiempos difíciles y decidí encerrarme en casa.

—Pero durante los tres primeros meses hubo paz. No hacía falta que te escondieras.

—Ya. Pero imaginé que la guerra estallaría pronto y quise estar preparado. Salta a la vista que no me equivoqué.

—Y ¿cómo supiste que acabaría llegando la Era del Caos?

—Por mis libros. He leído muchas novelas en las que se habla de este tipo de situaciones. Y, créeme, todas cuentan lo mismo: los más fuertes acaban dominando a los más débiles.

Tras decir esto, Néstor abrió una puerta y mostró a Astrea un salón lleno de libros. Estaban apilados por todas partes. Montañas de novelas, cuentos y ensayos que alcanzaban el techo, que cubrían las paredes, que rodeaban los muebles. Y además sin una sola mota de polvo. Aquel chico cuidaba los libros como si fueran diamantes.

—Llevo varios días estudiando a ese salvaje —le contó Néstor al tiempo que sacaba uno de los volúmenes que, colocados a modo de ladrillos, tapaban la ventana en su totalidad, y a continuación señaló a través de ese hueco hacia la azotea del edificio de enfrente—. Es un vigía de Rey Muerte. No deja de mirar hacia aquí. Y eso es mala señal. Muy mala señal.

Astrea no contestó porque estaba contemplando las dos escopetas de caza, los tres machetes y la ballesta que Néstor había colocado junto a los quicios de las puertas. Parecía que quería tener un arma a mano constantemente, aun cuando daba la impresión de que, en el momento de la verdad, no se atrevería a usarlas.

—¡Vaya arsenal tienes aquí guardado!

—Toda precaución es poca.

—Pero hay algo que no has tenido en cuenta.

—¿El qué? —preguntó Néstor.

—Que solo hace falta una cerilla para sacarte de aquí.

—Los salvajes ya no incendian edificios. Dejaron de hacerlo cuando se terminaron las reservas de los supermercados. Ahora necesitan saquear las casas.

—Sí, pero si ven que opones resistencia, prenderán fuego al piso. Y tu biblioteca avivará las llamas.

—En tal caso, moriré junto a mis escritores preferidos.

—Hay otra opción.

—¿Cuál?

—Luchar.

Néstor no respondió. Prefirió sentarse en el sofá, coger un libro y fingir que leía. Y así lo hizo hasta que, en cierto momento, dijo:

—Si quieres, puedes pasar la noche aquí.

—No, gracias. Esta casa está pensada para no salir nunca de ella y yo quiero abandonar la ciudad.

—¿Abandonar la ciudad?! ¿Estás loca? Te matarán antes de que hayas alcanzado la primera esquina.

—O no.

—Además, ¿adónde pretendes ir? Ahí afuera hay un mundo hostil. No creas que Barcelona es la única ciudad sumida en el Caos. El mundo entero...

—¿Eso no lo sabes! No tenemos noticias del exterior. No hay internet, no hay televisión, no hay radio. Estamos aislados y desconocemos lo que ocurre más allá de nuestro barrio. Tal vez haya lugares donde la gente sea feliz. Quizá en Girona, o en Zaragoza, o en París...

—No necesito internet para saber que todo se ha desmoronado.

—Puede que...

—¿Tonterías! —exclamó Néstor visiblemente alterado—. La única forma de sobrevivir es permanecer oculto en una guarida.

Astrea miró a su alrededor y, encogiéndose de hombros, comentó:

—Esto no es una guarida. Es una cárcel.

—Pues a mí y a la del séptimo nos ha ido bien.

—¿La del séptimo? ¿Quién hay en el séptimo?

Néstor pareció arrepentirse de haber hablado.

—¿Que quién vive en el séptimo?! —insistió ella.

—Una chica... Una chica embarazada.

Astrea no podía creer lo que oía.

—¿Me estás diciendo que hay una chica embarazada en la séptima planta?

—Sí.

—¡Tenemos que ayudarla!

—No quiere ayuda —respondió Néstor retrepándose en el sillón y dejando caer el libro—. Intenté brindársela hace algún tiempo, pero la rechazó. Entré en su casa buscando alimentos y la encontré tendida en la cama. Cuando me vio, empezó a gritar y, aunque le ofrecí comida, siguió chillando. Me marché, claro. En aquel momento no me fijé en su estado, pero una semana después, como estaba preocupado por ella, volví a visitarla. Seguía tirada en la cama. No se había lavado en todo ese tiempo y la habitación olía fatal. Le dije que traía alimentos, pero se puso a gritar de nuevo y en aquel momento reparé en su barriga. Supongo que se quedó embarazada poco antes de la llegada del Silencio. Desde entonces, cada tres días le llevo víveres. Los dejo delante de su puerta y, por lo que he podido comprobar, ella los recoge. Pero no quiere que nadie entre en su piso. Si alguien lo hace, chilla. Creo que ha perdido el juicio.

—¿De cuánto tiempo está?

—No lo sé. La última vez que la vi, estaba muy gorda.

—Tenemos que ir a verla.

—Ya te he dicho que le gusta gritar. Si Rey Muerte la oye, estaremos muertos. No podemos ni acercarnos.

—Y ¿qué pasará cuando el bebé nazca? ¿Crees que el niño no berreará? ¿Crees que no alertará a los salvajes y que ellos no descubrirán tu búnker? ¿Realmente crees que estás a salvo escondiéndote como una rata?

Néstor la miró durante unos segundos, pero después le dio la espalda y murmuró:

—No podemos ayudarla.

Astrea no quiso perder más tiempo y, recorriendo el pasillo, se dirigió hacia la salida.

—¿Adónde vas?

—Al séptimo.

—No lo hagas. Conseguirás que nos maten a todos.

—Yo no soy como tú.

—¿Qué significa eso?

—Yo no soy una cobarde.

Y cuando ya había descornado el primer cerrojo, Néstor reaccionó:

—Está bien. Tú ganas: te acompañaré.

A continuación cogió un machete, lo sopesó y caminó hacia la puerta.

—Será más útil la escopeta —insinuó Astrea.

—No. La escopeta hace demasiado ruido, mientras que el machete es silencioso. Y ahora escúchame bien: subiremos a la séptima planta, abriremos la puerta y nos abalanzaremos sobre la chica para taponarle la boca. Tenemos que impedir que grite. Eso es lo primero: evitar que alerte a los salvajes. Después miraremos cómo va el embarazo y nos marcharemos. ¿De acuerdo?

—Ya veremos.

3

Néstor encabezaba la expedición. Quería hacerse el valiente ante los ojos de Astrea, pero sus movimientos delataban que, en realidad, estaba aterrado. Pisaba los escalones como si fueran a romperse en cualquier momento y, cuando oía el crujido de un mueble o el goteo de una cañería, se estremecía.

—¿Qué ha sido eso?! ¿Qué ha sido eso?!

El haz de luz de su linterna iba de un lado a otro y en ocasiones alcanzaba una ventana, de modo que aumentaba la posibilidad de que los vigías de Rey Muerte advirtieran la presencia de supervivientes en el edificio.

—No ha sido nada, Néstor —respondía ella entre dientes—. Relájate.

Astrea hubiera preferido ir delante, pero había dejado que él hiciera de guía para que ganara algo de seguridad en sí mismo. Quería ayudarlo a superar los miedos que lo atenazaban, hacerle sacar al valiente que tal vez llevara dentro, lograr que se sintiera capaz de acompañarla en su huida de la ciudad. Porque ella seguía empeñada en abandonar Barcelona, pero no quería emprender semejante viaje en solitario. Prefería tener a alguien a su lado y consideró que aquel chico solo necesitaba un empujón para convertirse en un auténtico hombre.

De todas formas, Astrea también estaba asustada. Temía que algún salvaje se hubiera escondido en el edificio y que apareciera en cualquier momento con un puñal en la mano, pero lo cierto es que el único ser vivo con el que tropezaron durante los primeros minutos fue con una rata más grande que sus zapatos. Desde la llegada del Silencio, esos animales campaban a sus anchas por la ciudad. Nadie controlaba su población y, de vez en cuando, se abalanzaban sobre los tobillos de los supervivientes y les hincaban los dientes hasta tocar hueso. Las enfermedades que transmitían resultaban mortales en esos tiempos y más de un niño había fallecido entre calambres, espasmos y vómitos sin que nadie pudiera ayudarlo.

Astrea no reparó en la presencia de aquella rata hasta que le pisó la cola, momento en el que el animal emitió un chillido, se revolvió en el suelo y mordió la zapatilla de su agresora. La chica dio una patada al aire para quitarse el bicho de encima, pero el roedor apretó la mandíbula con tanta fuerza que soportó la sacudida sin soltar a su presa. Y así hubiera permanecido durante el

tiempo que hiciera falta si Néstor no hubiese reaccionado golpeando su cabeza con la linterna. Fue la primera vez que Astrea lo vio actuar de un modo decidido y, tras reponerse del susto, lo abrazó mientras pensaba que tal vez no sería tan difícil conseguir que aflorara el hombre que se ocultaba tras las facciones de aquel niño.

Continuaron subiendo en silencio y, cuando ya les quedaba poco para llegar al piso de la embarazada, un portazo retumbó en la planta baja. Se asomaron al ojo de la escalera con el corazón en un puño y, pese a la falta de iluminación, distinguieron claramente una mano que surcaba la barandilla.

—¡Alguien sube!

—Escondámonos en un apartamento —sugirió él.

—No, vayamos hasta la azotea —replicó ella—. Desde allí tendremos más vías de escape.

Echaron a correr escaleras arriba, pero apenas habían subido veinte peldaños cuando oyeron un segundo portazo, en esta ocasión seguido de un alud de pisadas. Cuando miraron de nuevo hacia abajo, entrevieron a un grupo de salvajes iniciando el ascenso.

—¡Ya eres nuestro! —gritó uno de ellos—. ¡No escaparás!

Perseguían a la persona que había entrado en el edificio unos segundos antes.

—¡Rápido! —exclamó Astrea—. Si nos ven, nos matarán.

Pasaron por la séptima planta sin pensar en la embarazada y, cuando alcanzaron el sobreático, descubrieron que no podían salir al terrado porque un candado se lo impedía. Se acurrucaron en una esquina con la esperanza de que la oscuridad los ocultara y se fundieron en un abrazo que en verdad no respondía tanto al deseo de darse consuelo como a la necesidad de que sus cuerpos abultaran lo menos posible.

Unos segundos después, apareció el primer individuo que había entrado en el edificio. Se trataba de un chico de unos dieciocho años que, tan pronto como reparó en la pareja, asestó un puñetazo a la pared y lanzó un improperio:

—¿Qué diablos hacéis aquí?

—Escondernos —respondió ella.

Astrea y el recién llegado se miraron. Él tenía los ojos verdes; ella, azules. Era alto, moreno y atlético, y vestía camiseta negra, tejanos rasgados y botas militares, prendas a las que había que añadir dos cuchillos que llevaba en el cinturón como si de pistolas de un bandolero se tratara.

Pero no tenían tiempo para deleitarse en contemplaciones. Los gritos de los salvajes aumentaban a medida que se acercaban al sobreático y el recién llegado estudió el candado que bloqueaba la azotea, echó un nuevo vistazo a Astrea y, guiñándole un ojo, esbozó una sonrisa.

—¿Se puede saber de qué te ríes? —preguntó Néstor visiblemente irritado.

—De todo —respondió el intruso—. Yo siempre me río de todo. Es lo que me mantiene con vida, chavalín.

Después levantó la pierna derecha y, cargando todo su peso sobre la misma, arreó tal patada a la puerta que el candado saltó por los aires. Néstor y Astrea salieron inmediatamente al terrado, pero

el desconocido se quedó en el rellano, se encaró a la escalera y puso los brazos en jarra.

—¡Ven con nosotros! —le gritó ella.

En vez de obedecerla, él desenfundó los puñales, entrechocó sus filos y dijo:

—Tranquila, ojos azules. Esto es pan comido.

Los salvajes alcanzaron el último piso en ese momento y, al descubrir a su presa esperándolos, se detuvieron en seco. No esperaban encontrárselo plantado en lo alto de la escalera y menos aún armado con aquellas dagas cuyas hojas relumbraban incluso entre sombras.

—Ríndete —dijo el cabecilla de la horda.

Pero él siguió mirándolos en silencio y, para demostrar su superioridad, enfundó de nuevo los puñales y dio un zapatazo en el suelo que hizo que los otros retrocedieran.

—Os recomiendo que os marchéis —soltó con un tono de voz francamente bravucón.

—Nosotros somos ocho y tú solo uno.

—Sí, pero vosotros tenéis miedo y yo no.

Y acto seguido el chico de ojos verdes saltó sobre los salvajes como lo hace un tigre sobre una garza, y todos, incluido él mismo, rodaron por la escalera hasta el rellano inferior. Durante unos segundos, sus brazos, sus piernas y sus cabezas formaron un único cuerpo, pero el atacante se incorporó antes que los demás y, asestando patadas a diestro y siniestro, mantuvo a sus oponentes en el suelo. Y así los dominó hasta que uno de ellos, sin duda el más ágil, consiguió levantarse y le atizó un puñetazo en el rostro del que no tardó ni un segundo en arrepentirse. Porque, tan pronto como detectó la rabia con la que su víctima lo miraba, experimentó una oleada de miedo y dio un paso atrás que le hizo tropezar con un compañero. Y ya estaba perdiendo el equilibrio cuando el chico de los puñales le propinó tal puntapié en el pecho que lo estampó contra un tabique.

Pese a la superioridad física del muchacho, los salvajes consiguieron reagruparse y, tras un instante de vacilación, se animaron los unos a los otros para atacarlo. Su adversario se había cruzado de brazos como si no los temiera y esperaba a que se acercaran para derrotarlos de nuevo, cosa que tal vez hubiera hecho si, en cierto momento, no hubiese reparado en que uno de ellos miraba hacia la puerta de la azotea, donde se encontraban Astrea y Néstor. La posibilidad de que alertara a sus compañeros sobre la presencia de ambos preocupó al chico de ojos verdes, que de inmediato desvió la atención de aquel tipo usando uno de sus puñales para hacerle un corte en la cara. Lo hizo de una forma tan veloz que a todos pasó desapercibido, pero, cuando repararon en la sangre que tiznaba el rostro de su compinche, se lanzaron sobre su enemigo.

Sin embargo, tampoco en esta ocasión lograron reducirlo. Porque el otro saltó rápidamente por encima de la barandilla y, lejos de caer por el ojo de la escalera, alcanzó el pasamanos del lado contrario y, escalándolo con una pericia asombrosa y pisando después el rellano, echó a correr peldaños abajo. Sus contrincantes fueron tras él de inmediato y, cuando Astrea y Néstor se vieron al fin solos, salieron a la azotea para ver cómo terminaba el enfrentamiento.

Desde uno de los laterales del edificio se adivinaba la calle por la que ahora corría el valiente.

—Está yendo en la dirección equivocada —advirtió Néstor.

Efectivamente, el desconocido esprintaba hacia el camión donde se encontraba Rey Muerte, quien, al darse cuenta de la osadía, abandonó su butaca, empuñó el bate de béisbol y, señalando al fugitivo, lanzó una orden a sus otros secuaces:

—¡Traédmelo!

Un segundo grupo de salvajes apareció tras el remolque y formó una barrera humana que cubría todo el ancho de la calle. Blandían armas blancas, cadenas de hierro e incluso un revólver, y avanzaban implacables hacia el muchacho que ahora se veía rodeado por delante y por detrás y que, pese a ello, seguía esbozando una sonrisa, dando a entender de ese modo que no solo no tenía miedo, sino que encima se lo estaba pasando en grande.

Y ya quedaba poco para que lo rodearan por completo cuando se desvió hacia uno de los lados de la avenida. Corrió hacia un edificio cuya puerta de acceso había sido tapiada con ladrillos y, cuando parecía que no tenía escapatoria, dio un nuevo salto que, literalmente, lo llevó a caminar por la fachada del inmueble. Consiguió pisar hasta en tres ocasiones la vertical de la pared y, alzando las manos, se asió a un alféizar que sobresalía del primer piso.

Se encaramó al saliente flexionando los brazos e impulsando su propio cuerpo, y cuando ya estuvo sentado en la repisa, observó a los salvajes que lo miraban desde la calle como quien contempla a un dios hecho hombre.

Pero aquel chico tenía poco de deidad. Al contrario, era una suerte de diablillo que no solo se atrevía a enfrentarse a Rey Muerte, sino que también se mofaba de su ejército. Porque, mientras sus perseguidores continuaban observándolo desde el suelo, se levantó sobre el alféizar, se bajó la cremallera del pantalón y se puso a orinar sobre sus cabezas.

Astrea no pudo reprimir una carcajada; Néstor, sin embargo, reprobó aquella actitud:

—Ese tío es un idiota.

—No, no es un idiota. De hecho, es la persona que necesitamos.

Y justo en ese momento, como si las palabras de Astrea hubieran llegado a sus oídos, el chico de los ojos verdes alzó la vista hacia la azotea, dibujó una sonrisa en su rostro y regaló una reverencia a la muchacha de ojos azules. Después rompió el cristal de la ventana que tenía a sus espaldas, soltó un sonoro «¡Alehop!» y, dando una voltereta hacia atrás, desapareció en el interior del edificio.

4

Astrea y Néstor regresaron inmediatamente al apartamento. No se detuvieron en la séptima planta porque ahora, con los salvajes en estado de alerta, no podían arriesgarse a que la embarazada gritara. Así que entraron en el piso, echaron los cinco pestillos y trataron de calmarse bebiendo un poco de agua.

Durante la siguiente hora, ninguno de los dos dijo nada. Él se dedicó a recorrer el pasillo de arriba abajo, como si caminar le despejara la mente, y ella permaneció sentada a la espera de que Néstor se serenara. Pero, como eso no ocurría, al final optó por romper el silencio:

—Debemos decidir cuál será nuestro siguiente paso.

—No habrá siguiente paso. Ya nos hemos arriesgado bastante.

—Si nos quedamos aquí, acabarán encontrándonos.

—Y ¡qué sugieres, ¿eh?!, ¡¿qué sugieres?!

—Ya lo sabes.

Néstor se detuvo en seco, la escrutó durante unos segundos y, haciendo aspavientos, respondió:

—¡No pienso abandonar la ciudad! No sabemos qué hay allí afuera. Tal vez el Caos sea mayor en los pueblos. Quizá los salvajes hayan entrado en una fase de canibalismo...

—Puede ser. Pero ahora mismo nuestro mayor problema es que Rey Muerte tiene este edificio en el punto de mira. Y, más tarde o más temprano, tirará la puerta abajo.

—Tenemos armas.

—Y ¿quién las usará? —preguntó Astrea en un tono claramente ofensivo—. ¿Tú?

Néstor apretó los puños y tensó la mandíbula. No encontraba la forma de rebatir a la chica.

—Necesitamos ayuda —continuó diciendo Astrea—. Quizá el muchacho de antes...

—Supongo que bromeas.

—No, lo digo muy en serio.

—Pero ¿no viste lo que hizo? Atrajo a los salvajes, se enfrentó innecesariamente a ellos, se orinó sobre sus cabezas... Es un maldito loco.

—Es un valiente.

—No confundas temeridad con coraje.

La disparidad de opiniones aumentó la tensión entre ellos y se fueron a dormir sin ni siquiera darse las buenas noches. Él se dirigió a su habitación mientras ella se tumbaba en el sofá y, cuando iba a cerrar la puerta, Néstor se detuvo, la miró de soslayo y pareció estar a punto decir algo. Sin embargo, en el último momento, decidió no hacerlo. Y fue un error. Porque, después de tantas noches sin más compañía que la oscuridad, ella hubiera aceptado dormir a su lado.

Astrea se despertó bruscamente pocas horas después. Algo crujió en el salón y, al abrir los ojos, descubrió a una persona observándola desde el pasillo. De un modo instintivo, saltó sobre los cojines y lanzó un grito, y de inmediato Néstor irrumpió en el comedor con un machete en la mano. Lo esgrimió contra la figura oculta tras las sombras, pero las manos le temblaban tanto que el desconocido solo tuvo que dar un paso al frente y golpearle en una de las muñecas para que lo soltara.

Era el chico de los dos puñales.

—Dadme comida —dijo mientras recogía el arma.

—No tenemos —contestó la voz encogida de Néstor.

El intruso sonrió.

—Pues hace un momento la cocina estaba llena.

—¡Esos víveres son nuestros! —gritó ella.

El muchacho se apoyó en el marco de la puerta y, pasando un dedo por el filo del machete, adoptó una actitud no exenta de cierto sarcasmo:

—No sois muy buenos anfitriones, que digamos. Anoche os salvé la vida y, en vez de agradecérmelo, os negáis a compartir vuestra comida.

—Fuiste tú quien atrajo a los salvajes —le recriminó Néstor—. Y ahora tenemos que abandonar el piso.

—No fue culpa mía. ¿Cómo iba a saber que había dos idiotas paseando tranquilamente por la escalera del edificio? ¡Estamos en plena Era del Caos! Lo normal hubiera sido que estuvierais escondidos.

Los tres se quedaron en silencio, hasta que Astrea, percibiendo que el recién llegado no era realmente peligroso, preguntó:

—¿Cómo has entrado? La puerta tiene cinco cerrojos.

—Digamos que soy habilidoso con las manos.

—Ya —continuó ella—. Y, dime, ¿con quién tengo el gusto de hablar?

—¿No me conoces?

—¿Debería?

El chico la miró con curiosidad antes de responder:

—Bueno, soy alguien bastante popular en la ciudad, pero supongo que no estás obligada a saberlo.

—¿Entonces?

—Entonces ¿qué?

—Que cómo te llamas.

—León. Me llamo León, pero muchos me llaman el Solitario. León, el Solitario. ¿Y vosotros?

—Yo soy Astrea.

—Y yo Néstor —dijo el tercero—. Pero Néstor a secas. Así, sin motes ni apodos ni nada de nada. Solo Néstor.

—Ya veo, ya veo —murmuró León sin prestar atención a la mofa—. ¿Y se puede saber qué hacíais anoche en la azotea?

—Íbamos a buscar a una vecina que está embarazada.

—¿Una embarazada? ¡Ja, esta sí que es buena! —exclamó al tiempo que palmeaba una de sus piernas—. ¡Una embarazada en la Era del Caos!

—Queríamos ayudarla.

—¿Ayudarla? ¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Pues porque está embarazada.

—Pero ¿os ha pedido ella ayuda?

—No.

—Pues entonces no tiene sentido.

—Tal vez seas demasiado egoísta como para entender los motivos por los que algunas personas ayudamos a otras —insinuó de repente Astrea.

León clavó su mirada en la chica y, borrando la sonrisa que había lucido hasta ese momento, dijo:

—Qué sabrás tú de lo que yo entiendo.

A ella le sorprendió el cambio de tono y, aprovechando la ocasión, le lanzó un reto:

—Pues demuéstalo. Ven con nosotros y échanos una mano con la embarazada.

Pero él recuperó su actitud guasona y soltó una de sus risotadas:

—¡Ja! Ni lo sueñes. Ya tengo bastantes problemas.

—Ayúdanos —insistió ella—. Eres ágil y fuerte. Y sabes usar las armas.

—No sigas por ahí, ojos azules, que el chavalín se pondrá celoso —replicó señalando a Néstor.

—No me llames chavalín —objetó el aludido.

—Hablo en serio: ayúdanos —insistió ella.

—He dicho que no.

Astrea se levantó visiblemente decepcionada y, sin decir nada, entró en la cocina.

—Es todo un carácter, ¿eh? —comentó el intruso mientras escrutaba al otro muchacho.

—Lárgate de mi casa —contestó su interlocutor al tiempo que abandonaba el comedor.

León no se marchó. Al contrario, se sentó en una butaca y se dispuso a descansar un poco. Llevaba varios días sin dormir, aun cuando era cierto que tampoco le gustaba hacerlo. Porque tenía dieciocho años y había planeado exprimir al máximo lo que le quedara de vida. No permitiría que el virus lo pillara sin haber aprovechado hasta el último segundo de su corta existencia, por lo que no solo dormía poco, sino que ni siquiera tenía casa. Prefería pasarse el día

en la calle, provocar situaciones que devinieran en aventuras, sacar el máximo partido a la época que le había tocado vivir.

Antes de la llegada del Silencio, León era un chico normal y corriente. Practicaba deporte y se le daban bien los estudios, pero siempre había tenido la sensación de que todo, absolutamente todo, era aburrido. Por eso, cuando el mundo se desmoronó, y sobre todo cuando el Caos se apoderó de Barcelona, comprendió que se le estaba brindando la oportunidad de transformar su vida en un acontecimiento fascinante.

Así fue como se convirtió en un nómada que recorría la ciudad constantemente y así fue también como declaró la guerra a las bandas de salvajes que controlaban los distintos barrios. Ellos almacenaban los alimentos y él tenía que robárselos. De todas formas, nunca se enfrentaba abiertamente a los malhechores, pues prefería limitarse a arrebatárselos los víveres sin que ellos se dieran cuenta, y solo de vez en cuando se dejaba llevar por la tentación de burlarse de ellos. Eso era lo que más le gustaba: bajar los humos a aquellos matones de tres al cuarto. Y se le daba bien. Se le daba francamente bien.

Su primera acción fue, precisamente, contra Rey Muerte. Ocurrió a principios de la Era del Caos, una tarde cualquiera, mientras aquel individuo lanzaba una de sus arengas. Se acababa de encaramar a la cabina del camión y ya había empezado a proclamar eso de «Yo soy Rey Muerte...» cuando una segunda voz, en este caso amplificadas por un megáfono, retumbó en la avenida:

—¡Escuchad, supervivientes! —dijo—. ¡Escuchadme todos! Me llamo León y vengo a alegraros el día.

Los salvajes miraron hacia la azotea de la que provenían los gritos y algunos niños se asomaron a las ventanas movidos por la curiosidad.

—Hoy he robado una bolsa de alimentos al mequetrefe del tatuaje en el pecho y ahora voy a hacer un regalo a todos los supervivientes.

Y apenas hubo terminado la frase cuando lanzó un globo repleto de pintura roja que impactó en el rostro de Rey Muerte.

Fue la primera vez en mucho tiempo que se oyeron las risas de los niños ocultos en los apartamentos y, aunque nadie se atrevió a aplaudir abiertamente la bravata, el barrio respiró aliviado al menos durante un rato. Eso sí: no demasiado. Porque Rey Muerte se sintió tan humillado ante aquella acción que, para recuperar la dignidad perdida e imponer de nuevo su autoridad, incendió tres edificios de una tacada.

Astrea nunca había oído hablar de León, alias el Solitario, porque aquella noche no estaba en su casa. Había salido a buscar alimentos y, cuando regresó, se encontró con las llamas. Pensó que se trataba de una de las diversiones de Rey Muerte y no se imaginó que hubiera aparecido alguien dispuesto a plantar cara a aquel loco. Sin embargo, Néstor sí que presenció la escena y, en su opinión, solo había servido para redoblar la crueldad del salvaje.

León no volvió a aparecer por ese barrio hasta la noche en que conoció a los dos chicos. Había

pasado las últimas semanas recorriendo otros distritos de la ciudad y ganándose la simpatía de más supervivientes, pero aquel día sus pasos lo condujeron a Les Corts y decidió apropiarse de las reservas de agua de Rey Muerte. Aprovechó la oscuridad para arrastrarse hasta el camión y, mientras los miembros de la banda dormían, cogió dos garrafas. Pero, antes de marcharse, sintió el gusanillo del sabotaje metido en el cuerpo y destapó el resto de las botellas para verter su contenido sobre el asfalto. Y todo estaba saliendo a pedir de boca cuando uno de los salvajes se despertó y, al ver lo que estaba ocurriendo, dio la voz de alarma. León huyó a la desesperada y lo hizo con tan poca fortuna que condujo a sus perseguidores hasta el edificio donde se escondían Astrea y Néstor.

Y ahora se encontraba en un comedor repleto de libros y, por más que intentaba echar una cabezadita, no podía quitarse de la cabeza las palabras de la chica: «Tal vez seas demasiado egoísta como para entender los motivos por los que algunas personas ayudamos a otras». Nunca se lo había planteado. Hasta ese momento, siempre había actuado pensando en sus propios intereses, pero el comentario de Astrea le hizo pensar que quizá había llegado el momento de hacer algo en beneficio de los demás, y no en el suyo propio. A fin de cuentas, ayudar a una muchacha embarazada no sería más difícil que robar víveres a los salvajes, y con un poco de suerte, obtendría algún beneficio. Por ejemplo, un beso de ojos azules.

5

El piso de la embarazada parecía la guarida de un loco. Habían tenido que derribar la puerta para acceder al interior y, cuando al fin lo consiguieron, descubrieron un apartamento donde el desorden y la suciedad, así como la desesperación y el dolor, lo impregnaban todo.

La inquilina había arrastrado los muebles hasta una esquina del comedor y había pintado las paredes del resto de la casa con alegorías que representaban la destrucción a la que había sido sometido el mundo tras la llegada de la Era del Caos. En la del recibidor había dibujado un diablo de enormes proporciones que lanzaba bocanadas de fuego sobre una ciudad que, a tenor de su silueta, debía de ser Barcelona. El demonio aplastaba los edificios con sus pezuñas y las personas corrían por las calles envueltas en llamas. Y en una esquina del mural, concretamente en la parte inferior derecha, se adivinaban las figuras de los únicos supervivientes de aquella masacre: una mujer y dos hombres que huían hacia la montaña. En los brazos de ella, un bebé cubierto con una manta.

En la siguiente pared, la del comedor, un ángel descendía sobre una Barcelona ya arrasada. Las construcciones derruidas, los cadáveres calcinados y los claros de luz en el cielo indicaban que el diablo ya se había ido y ahora un ser celestial aterrizaba sobre aquella urbe desolada. Una de sus manos sujetaba una espada luminosa y la otra señalaba una zona de la ciudad en la que podían intuirse dos figuras borrosas, una en pie y otra tumbada, que tenían a aquel mismo bebé bajo su protección. Sobre la cabeza del ángel, siguiendo la curva de la aureola, se leía una frase: «Porque así como el relámpago sale del oriente y resplandece hasta el occidente, así será también la venida del Hijo del Hombre».

—Mateo 24:27 —dijo Néstor de pronto.

—¿Qué?

—Lo del relámpago y el Hijo del Hombre —aclaró mientras miraba la corona del espíritu celeste—. Es del Evangelio según san Mateo. Capítulo 24, versículo 27.

—¿Y qué? —preguntó León.

—Es una profecía. Una profecía sobre la llegada del Mesías.

Los tres contemplaron el dibujo y trataron de imaginar la locura que había llevado a la inquilina

a reproducir aquella escena bíblica, y así estuvieron hasta que León, poco amigo de este tipo de enigmas, comentó:

—Pues no nos iría nada mal que viniera un mesías a salvarnos.

Y, justo después de pronunciar estas palabras, el llanto de un bebé inundó la estancia. El berrido provenía del dormitorio y, cuando entraron en la habitación y apuntaron con la linterna hacia la cama, descubrieron el cadáver de una chica de unos dieciocho años con una criatura sobre el pecho.

La muchacha yacía en la cama con el cuerpo retorcido, como si hubiera sufrido lo indecible durante el parto, pero conservaba una extraña sonrisa en los labios, como si el hecho de haber oído el gimoteo de su hijo antes de fallecer le hubiera llenado de dicha. Por otra parte, la sangre que impregnaba las sábanas todavía estaba fresca, lo cual indicaba que no había pasado ni una hora desde el nacimiento, y las latas vacías que se amontonaban en una de las esquinas daban a entender que la embarazada se había estado alimentando gracias a la solidaridad de Néstor, quien le había proporcionado víveres durante los últimos meses de gestación.

Venciendo sus propios miedos, Astrea se adentró en el dormitorio y cogió al bebé en brazos. Después se dirigió al salón, donde arrulló al recién nacido con la intención de calmarlo. Pero el niño lloraba sin cesar y Néstor decidió bajar a su piso para traer algo de comida.

Astrea limpió el cuerpo de la criatura con una toalla y, cuando ya asomaba su rostro sonrosado, León se acercó por la espalda, la agarró de un brazo y le dijo:

—Dámelo.

Los ojos verdes de aquel chico se habían oscurecido.

—¿Para qué lo quieres?

—He dicho que me lo des.

—No. No te lo daré hasta que me digas para qué.

Pero León no tenía ninguna intención de explicar sus razones y, apartando bruscamente a la chica, cogió al niño y se dirigió a la cocina, cerró la puerta y la atrancó con una silla.

Astrea reclamó que le dejara entrar y golpeó la hoja con los puños. No sabía qué estaba ocurriendo allí dentro, pero el recuerdo de los ojos ensombrecidos de aquel muchacho le estremeció tanto que corrió al rellano para llamar a Néstor. No obstante, apenas había alcanzado el recibidor cuando el bebé dejó de llorar y ella imaginó algo tan horrible que, experimentando una súbita acumulación de energía, embistió la puerta con la fuerza suficiente como para tumbar la silla que la bloqueaba.

León había introducido un trapo en la boca del niño y en esos momentos le pinzaba la nariz con dos dedos. Estaba tratando de asfixiarlo y, casi sin pensarlo, Astrea cogió un cuchillo y se lo clavó en el brazo.

Al verse herido, el chico se echó a un lado y ella sacó el trapo de la garganta del pequeño, se lo echó al hombro y lo golpeó en la espalda para reanimarlo. Durante unos segundos, el recién nacido permaneció en silencio. Sus pulmones no reaccionaban, sus ojos seguían cerrados, su

cuerpo empezaba a enfriarse. Pero de repente, cuando Astrea la asestó una última palmadita entre los omóplatos, el bebé tosió e, inmediatamente, rompió a llorar.

—¡Estás loco!

—Tienes que matarlo —replicó León mientras se presionaba la herida con un trapo.

—¿Cómo se te ocurre decir eso?

—No sobreviviremos con un bebé a cuestas.

—Claro que sobreviviremos.

—No, no sobreviviremos. Será una carga para todos.

—¿Y crees que la solución es matarlo?

—Sí.

Astrea no podía creer lo que oía.

—Tanto tiempo en la calle te ha convertido en un salvaje —soltó con desprecio.

—Es lo mejor para él.

—Y para ti, ¿no?

—Es lo mejor para todos. Rey Muerte oír su llanto y vendrá a por nosotros. ¿Y sabes lo que hará con el bebé?

Astrea conocía la respuesta, pero se negaba a aceptarla. Así que, en vez de perder el tiempo con aquella conversación, trató de salir del piso, algo que no consiguió porque León le flanqueó el paso y, cerrando la entrada principal de un portazo, le espetó:

—No puedes condenar a ese niño a vivir en un mundo como este. No sobrevivirá. Ni él ni tú. No podrás alimentarlo, no podrás protegerlo, no podrás salvarlo.

—Este niño es un símbolo —respondió ella—. Su nacimiento nos da esperanzas a todos. Él no conoció el pasado y eso lo ayudará a desenvolverse en el presente mejor que nosotros.

—Lo estás condenando a una vida miserable.

—No es cierto. No conocer el pasado le permitirá afrontar el presente como si fuera la única realidad que jamás ha existido. Nosotros estamos marcados por los recuerdos. Nos acordamos de la vida que llevábamos antes del Silencio, nos acordamos del amor que sentíamos por nuestros padres, nos acordamos de las comodidades que la sociedad nos ofrecía... Pero él viene libre de nostalgias y no sufrirá por todo aquello que los demás hemos perdido.

—Pero vivirá en un ambiente marcado por la crueldad.

—Tal vez él nos enseñe una nueva ética.

—Y morirá cuando tenga veintidós años. Morirá cuando esté en la flor de la vida. No es justo.

—Tampoco lo es para nosotros y, sin embargo, lo aceptamos. Antes de la llegada del Silencio, la esperanza de vida era de ochenta años; ahora es de veintidós. ¿Cuál es la diferencia?

—El tiempo. El tiempo es la diferencia.

Y entonces Astrea miró al bebé y, para sorpresa de León, añadió:

—Además, tal vez este niño sea inmune al virus.

—Eso es una estupidez.

—¿Por qué? No sabemos si el virus respetará a los que vengan al mundo después del Silencio. Tal vez el hecho de nacer cuando el planeta ya estaba infectado les haga inmunes a los ataques del virus. Quizá tengan tiempo de desarrollar anticuerpos antes de que su sistema inmunológico madure. No lo sabemos.

—Aunque así fuera, este niño no tendrá autonomía hasta dentro de ocho o nueve años. Pero tú morirás dentro de seis. ¿Quién lo cuidará a partir de entonces?

—Tendremos que buscar a otros supervivientes que se ocupen de él.

—No los encontrarás.

—Claro que los encontraremos. En algún lugar habrá chicos y chicas que se hayan agrupado para hacer frente a los salvajes. Nos uniremos a ellos y construiremos una nueva sociedad. Y, si no los encontramos, formaremos nuestra propia comunidad. Iremos recogiendo supervivientes por el camino y llegará el momento en que seremos los suficientes como para plantar cara a los salvajes.

—Es una locura.

—Pues así tendrá que ser el mundo a partir de ahora. Las madres morirán cuando sus hijos sean todavía pequeños y otras madres los cuidarán hasta que sean mayores. Únicamente es un cambio de mentalidad: muchas madres para un solo niño. La humanidad continuará existiendo, pero de un modo distinto...

Astrea apretó al recién nacido contra su pecho y, metiéndole el dedo en la boca como si fuera un chupete, consiguió que se adormeciera.

—Nos lo llevaremos con nosotros y punto —sentenció implacable.

—¿Adónde?

—Abandonaremos la ciudad y buscaremos un lugar donde establecernos.

—¡Estás loca!

—No hay otra solución.

—Pues no pienso acompañaros.

—Lo sé. Tú eres un egoísta y nunca harás nada por los demás.

Era la segunda vez que lo llamaba egoísta y, de nuevo, aquella palabra lo hirió. Y quizá fue por eso por lo que tuvo un momento de debilidad y dijo:

—Hay un lugar...

Y hubiera acabado la frase si Néstor no hubiese llamado a la puerta en ese preciso instante.

—¡Dejadme pasar!

Astrea apartó a León de un manotazo y, antes de girar el pomo para el que otro entrara, le lanzó una advertencia:

—No quiero que Néstor se entere de que has estado a punto de matar al niño. Él no tiene que saber la clase de persona que eres.

Acto seguido abrió la puerta. El recién llegado percibió que algo inusual había ocurrido durante su ausencia, pero no tuvo tiempo de averiguar qué era, ya que Astrea le preguntó rápidamente si

había traído comida y él respondió que solo había encontrado un bote de leche en polvo.

—Servirá —dijo antes de adentrarse en la cocina.

—Por cierto, ¿cómo llamaremos al niño? —planteó Néstor mientras la seguía.

Ella miró al bebé y, apesadumbrada, musitó:

—No sabemos cómo quería llamarlo su madre.

—Pues le pondremos el nombre que nos apetezca. ¿Alguna propuesta?

—Llamadlo Lobo —sugirió León, que ahora miraba el dibujo del ángel con la frase de san Mateo.

—Eso no es un nombre.

Pero Astrea no estuvo de acuerdo:

—Me gusta Lobo. Es un nombre que impone respeto. Y este niño necesitará imponerlo para sobrevivir.

A continuación vertió la leche en un vaso con agua y, mientras buscaba algo con lo que calentarla, agregó:

—Pero recuerda una cosa, León.

—¿Qué?

—Que has sido tú quien le ha puesto el nombre.

6

León y Néstor estaban acucillados tras un coche. Tenían que cruzar la calzada a la carrera y ocultarse bajo los soportales del edificio de enfrente. Pero Rey Muerte había apostado vigías en los terrados y patrullas en las esquinas, por lo que recorrer veinte metros sin ser visto resultaba casi imposible.

Astrea aguardaba su turno con el niño en brazos, mientras ellos hacían de exploradores. Eran los que marcaban el paso, los que se cercioraban de que el camino estuviera despejado, los que abrían la ruta que debían seguir para abandonar el barrio. Y ella solo se movía cuando habían asegurado el terreno. Así lo habían acordado la noche anterior, cuando trazaron el plan de huida. Necesitaban un lugar más seguro, uno en el que Lobo pudiera crecer tranquilo, y León sabía adónde debían dirigirse. Era el único que conocía la ciudad al dedillo. Se había pasado los últimos meses deambulando por Barcelona, estudiando a los líderes de las distintas tribus, enfrentándose a ellos en más de una ocasión.

Unas horas antes de iniciar la marcha, mientras Néstor preparaba las mochilas en la cocina, Astrea se había acercado a León para preguntarle a qué se refería cuando, después de intentar matar al bebé, había insinuado que conocía un sitio en el que podrían refugiarse.

—No terminaste la frase, pero parecía que tenías la solución a nuestros problemas —le dijo.

Él suspiró y miró al techo.

—Hay un lugar, pero no llegaríamos vivos. Tendríamos que atravesar cuatro o cinco barrios. Demasiado peligroso.

—Pero ¿dónde está?

—No puedo decírtelo.

—¿Por qué? La vida de Lobo está en juego. ¿Qué puede haber más importante que eso?

—Otras vidas.

—¿Otras vidas?

—El lugar al que me refiero es una especie de castillo en el que se han atrincherado algunos supervivientes que quieren ser libres.

—¿Un castillo? En Barcelona solo hay un castillo: el de Montjuïc.

—No, no es ese.

—Pues no hay más.

—Sí que lo hay. Me entenderás cuando lo veas.

—Pero, si hay otros supervivientes ahí adentro, es porque la gente tiene conocimiento de su existencia. De lo contrario, estaría vacío.

—Solo lo saben en el barrio donde se encuentra. La noticia todavía no ha trascendido a otros distritos. Si los salvajes del resto de Barcelona se enteraran, irían hacia allá y se unirían al líder de esa zona para tomar el castillo. A ellos no les interesa que se construya una nueva sociedad dentro de la ciudad. No les interesa que exista un sitio para la esperanza.

—Dime dónde está.

—No puedo. Si Rey Muerte te capturara, acabarías revelando su existencia.

—Pues llévanos. Si ese lugar es el germen de una nueva comunidad, nosotros tenemos que estar allí.

—También puede ser el germen de una guerra abierta entre supervivientes y salvajes. Y, si eso ocurre, será mejor estar lejos. Porque morirá mucha gente.

—Pero al menos habremos luchado por nuestra libertad.

—Sí, pero es una guerra perdida. Ahora mismo, en ese castillo, hay pocas personas. Insuficientes para afrontar un asalto.

Astrea miró a León y vio que de su rostro emanaba una inquietud de la que nunca había hecho gala.

—Llévanos allí —insistió, pese a todo.

—No.

—Hazlo por el niño.

Lobo dormía sobre un colchón tendido en el suelo. De vez en cuando experimentaba un espasmo y la cara se le contraía como si fuera un trapo arrugado. León lo contempló unos segundos y, al reparar en la fragilidad de su cuerpo, fue consciente de que el castillo era la única oportunidad que ese bebé tenía.

—De acuerdo. Os llevaré. Pero luego me iré. No quiero vivir encerrado en ningún sitio.

Cuando Néstor regresó de la cocina, le explicaron el plan de huida. No le comentaron nada sobre el castillo porque no quisieron ponerlo nervioso y él, confiando en que Astrea sabía lo que hacía, no preguntó por el destino final del viaje. Con todo, manifestó su temor a abandonar el edificio, añadiendo que seguía sin estar seguro de que fuera la opción más sensata.

—Basta de esconderse, chavalín —le dijo León poniéndole una mano en el hombro y sosteniéndole la mirada—. Tienes que enfrentarte al mundo. Si no te mueves, morirás. El movimiento es vida; la quietud, muerte.

—Pero... tengo miedo.

—Yo también. Siempre lo he tenido. Y por eso actúo. Porque me asusta más la idea de morir sin haber luchado que la de morir encerrado como un cobarde.

Néstor se sentó en el sofá y hundió la cabeza entre las piernas. Todo su cuerpo temblaba, las lágrimas resbalaban por sus mejillas, el vello se le erizaba en la nuca. La posibilidad de caer en manos de los salvajes lo paralizaba. Había visto lo que hacían con los supervivientes a quienes capturaban, lo había visto con sus propios ojos, y no quería acabar como ellos.

Pensó en decirles que se marcharan solos, que lo dejaran allí, que tendrían más posibilidades de salvarse si no cargaban con él, pero, antes de que lo hiciera, Astrea cogió al niño y se lo puso sobre el regazo.

—Lobo necesita un padre —le susurró.

—León será mejor padre. Él es valiente, yo no.

—Pero este niño no necesita un padre valiente —repuso ella sin tener en consideración que el otro chico los estaba oyendo—. Necesita un padre que nunca lo abandone, que le explique cómo funciona el mundo, que le enseñe a leer.

León sintió una punzada de rabia al escuchar esas palabras, pero no interrumpió a Astrea porque, en el fondo, estaba diciendo la verdad. Él jamás cuidaría de Lobo. Sus días como aventurero todavía no habían terminado y no deseaba pasar sus últimos años cuidando de un mocosito. En cambio, Néstor poseía un carácter más apacible, más sedentario, más familiar, y eso era lo que necesitaba el recién nacido.

—¿Querrás ser su padre? —le preguntó Astrea.

Néstor apoyó una mano sobre el vientre del pequeño y le hizo cosquillas. Este movió los brazos y sonrió.

—Será un honor —respondió al fin.

De manera que unas horas después, cuando la oscuridad cubría la ciudad y las estrellas titilaban en el firmamento, se apostaron tras aquel coche y, cuando uno de los vigías se dio la vuelta, cruzaron la calle como una exhalación.

Recorrieron varias manzanas sin ser detectados, pero en cierto momento, cuando ya empezaban a alejarse de la base de operaciones de Rey Muerte, el niño rompió a llorar y, en el silencio de la noche, sus berridos se elevaron por encima de los edificios.

Los salvajes no tardaron ni un minuto en rodearlos. Aparecieron dos por la derecha y tres por la izquierda, y se detuvieron ante sus presas mostrando sus dientes ennegrecidos. Llevaban linternas, cadenas y armas, y no parecían dispuestos a permitir que esos rebeldes escaparan de nuevo. Pero todavía no habían lanzado su ataque cuando León se abalanzó sobre el grupo menos numeroso y, desenfundando sus dos puñales, eliminó a los dos adversarios. Los otros tres se quedaron paralizados ante la brutalidad del golpe, lo cual dio tiempo al Solitario para que saltara sobre ellos y los aniquilara igual que había hecho con sus colegas.

No obstante, de nada sirvió todo aquello, porque otro acólito de Rey Muerte, uno que estaba apostado en lo alto de un edificio, dio la voz de alarma y enseguida se oyeron las pisadas de más salvajes.

—¡Huyamos! —gritó León.

Corrieron todo lo que pudieron, pero las zancadas cada vez sonaban más cerca, así que entraron en un edificio y se lanzaron escaleras arriba. Cuando llegaron a la azotea, se dirigieron hacia uno de sus laterales, pero se detuvieron en seco al reparar en que la distancia que debían saltar para alcanzar el otro edificio era demasiado grande como para que Astrea pudiera hacerlo con un niño en brazos. Por suerte, en una esquina había una tabla lo suficientemente larga como para cumplir las funciones de puente y, tras colocarla entre las dos cornisas, Néstor y Astrea cruzaron. Sin embargo, antes de que León pudiera imitarlos, los salvajes irrumpieron en la azotea.

Eran cinco e iban pertrechados con cadenas, machetes y palos, pero, en vez de atacar a su rival, se limitaron a rodearlo. Parecía que esperaban algo, y así se confirmó cuando Rey Muerte asomó por la puerta. Lucía su atuendo habitual: el cráneo de perro, el bate de béisbol y el tatuaje en el pecho. No obstante, había un detalle que lo hacía distinto: en esta ocasión, sonreía.

León dio un paso atrás tratando de acercarse a la tabla que aún unía los dos edificios, pero uno de los salvajes se adelantó y, asestándole una patada, la dejó caer al vacío.

—Pero ¿qué tenemos aquí? —preguntó retóricamente Rey Muerte—: La ladrona de víveres y el héroe de la ciudad juntos. Y además me han traído dos regalitos: un superviviente que no sé quién es —añadió mirando a Néstor— y un bebé que no parece que sea vuestro.

A continuación apoyó el bate de béisbol en el suelo y dio una vuelta a su alrededor como si estuviera bailando.

—Creo que os voy a proponer un trato —prosiguió—: Entregadme al recién nacido y os dejaré vivir.

León lo observó extrañado.

—¿Para qué quieres al niño?

—Eso no es de tu incumbencia. Tú entrégamelo y yo haré el resto.

Astrea y Néstor observaban la escena desde el otro edificio. No podían ayudar a su amigo, pero tampoco pensaban abandonarlo.

—Ni lo sueñes —respondió León.

—¡Oh!, no sabes cuánto me decepcionas. Esperaba un poco más de cortesía entre nosotros. A fin de cuentas, ya somos viejos amigos.

—¿Amigos? Yo no trabo amistad con gente de tu calaña.

—¿De mi calaña? No sé a qué te refieres. ¿Es que no ves que somos iguales? Los dos hemos decidido vivir en libertad, los dos hacemos lo que nos place, los dos exprimimos al máximo la vida...

—Pero hay una diferencia entre tú y yo.

—Ah, ¿sí? ¿Cuál?

—Yo sobrevivo en la Era del Caos, mientras que tú la disfrutas. Eso significa que yo soy un superviviente y tú, un monstruo al que hay que eliminar.

—Ay, León. Creía que eras más inteligente. Pero, para que veas que yo no te tengo tanto rencor como el que parece que tú me tienes a mí, te lo repetiré de nuevo: si me entregas al niño, te dejaré

marchar y olvidaré nuestras rencillas. Podrás seguir saltando por los edificios como un mono, incluso dejaré que actúes en mi barrio siempre y cuando tus acciones no afecten a mis intereses. Piénsalo bien. Es un gran trato.

León se volvió y miró a sus amigos. Por un momento pareció que dudaba, pero, cuando les guiñó un ojo, los dos supieron que no los traicionaría.

—A esa propuesta, solo puedo responder de una única manera: ¿quién quiere vivir eternamente?

Rey Muerte borró la sonrisa de su cara y, levantando un brazo, advirtió:

—Si chasqueo los dedos, mis chicos te destrozarán. A ti y a tus amiguitos. Así que te concederé una última oportunidad: o me entregas al niño o doy la orden de que os maten.

Y entonces, con un movimiento veloz, León lanzó uno de sus puñales con tanta puntería que amputó los tres dedos que Rey Muerte había levantado con la intención de emitir el chasquido.

El tirano bajó el brazo y miró su mano sin dar crédito a lo que estaba viendo. La sangre manaba a borbotones y el dolor resultaba insoportable.

—¡Matadlo! —ordenó mientras se hincaba de rodillas y apretaba el puño contra el pecho.

Pero León ya corría hacia la cornisa y, dando un salto digno del mejor de los atletas, alcanzó el edificio donde lo esperaban Astrea y Néstor. Después se plantó ante el precipicio, puso los brazos en jarra y, dirigiéndose a Rey Muerte, gritó:

—¡Ahora tendrás que comprarte unos guantes nuevos!

PARTE/2



7

Caminaban en fila india. Astrea iba en medio, León delante y Néstor el último. Se ocultaban en los soportales, escrutaban las azoteas, se detenían en las esquinas...: temían a los salvajes.

—Aquí termina vuestro barrio —dijo León ante un paso de cebra.

—Entonces ¿ya no tendremos que preocuparnos por Rey Muerte?

—Con lo que le hemos hecho, nunca podremos olvidarnos de él. Nos seguirá hasta el fin del mundo. No le importará entrar en el territorio de otros líderes tribales. Puede que incluso pacte con ellos. Buscará venganza a cualquier precio. Así que, a partir de ahora, tendremos que redoblar la cautela, porque corremos el riesgo de ser atacados tanto por los secuaces de Rey Muerte como por los del loco que controle el barrio en el que estemos.

Solo tenían que cruzar una calle para internarse en una nueva zona, pero, antes de hacerlo, Néstor se dio la vuelta y miró. Atrás quedaba el distrito en el que se había criado, en el que había compartido risas con sus amigos, en el que había sido feliz junto a sus padres. Abandonaba para siempre ese barrio de Les Corts en el que, entre otros edificios, se alzaba el campo del Barça. Había acudido en muchas ocasiones a ver un partido de fútbol a aquel estadio, sobre todo los domingos por la tarde, cuando su padre y él se comían un bocadillo mientras los jugadores corrían tras la pelota. En la localidad de al lado siempre se sentaba otro chico de su misma edad con quien había trabado amistad. Se abrazaban cuando su equipo metía un gol, se intercambiaban cromos, compartían las chucherías... ¿Qué habría sido de él? ¿Seguiría con vida? ¿Estaría escondido en algún piso? Era imposible saberlo.

Astrea y León habían continuado caminando mientras Néstor contemplaba el pasado y fue ella quien, al darse cuenta de que se había quedado rezagado, retrocedió unos pasos, se puso a su lado y, mirando también hacia el Camp Nou que asomaba al fondo de la avenida, le dijo:

—Debemos centrarnos en el futuro.

Él asintió y, dando media vuelta, cruzó el paso de cebra. Ahora estaban en Sants, un barrio de calles estrechas y edificios de escasa altura. Serpentearon por el entramado urbano, siempre con el temor de que alguien los atacara, y no tardaron en llegar a la estación de trenes. Discutieron sobre la conveniencia de entrar en un lugar tan significativo, por lo que, antes de tomar una

decisión, rodearon el edificio e inspeccionaron su interior a través de los cristales.

—No parece que haya nadie —comentó León.

—¿Crees que es seguro?

—Es un recinto lleno de recovecos en los que podremos escondernos. Y, además, nos ofrece un techo bajo el que dormir.

Astrea y Néstor estuvieron de acuerdo y entraron juntos en la estación. Las tiendas habían sido saqueadas y los bares, desabastecidos. Las ratas correteaban a sus anchas, subiendo y bajando las escaleras de acceso a los andenes como si fueran los pasajeros de un tren que nunca llegara. Los pájaros accedían a la nave por los huecos de la techumbre y anidaban en las vigas o picoteaban las migajas del suelo.

Los exiliados se instalaron en una tienda de ropa que tenía la reja levantada. Los salvajes, y seguramente también los supervivientes, se habían llevado casi todas las prendas, pero aún quedaban algunos jerséis y pantalones que se repartieron. Astrea utilizó uno de los probadores para cambiarse y a continuación entró en los lavabos para asear al recién nacido. Mientras tanto, Néstor preparó algo de comida y León salió del establecimiento para inspeccionar el recinto. Y apenas había avanzado diez metros cuando le pareció entrever, entre las sombras, una figura plantada en medio del vestíbulo. Al principio pensó que sus ojos le estaban jugando una mala pasada, pero, cuando comprendió que realmente había alguien mirándolo, retrocedió unos pasos y volvió a entrar en la tienda.

—¿Qué ocurre? —preguntó Astrea al salir del lavabo y ver la palidez de su amigo.

—Hay alguien ahí afuera.

Los tres se asomaron por la puerta. El desconocido seguía en el mismo sitio y, aunque era evidente que sabía que lo habían visto, no movió ni un dedo.

—¿Qué hacemos? —preguntó ella.

—Esperaremos —respondió León—. Quiero saber qué busca.

Pero la figura se mantuvo en la misma posición no solo durante un rato, sino toda la noche. Permaneció plantado en medio del vestíbulo sin ni siquiera sentarse, y León, Néstor y Astrea se turnaron para vigilarlo mientras Lobo dormía.

Al amanecer, poco después de que los primeros rayos del sol se colaran por los ventanales, vieron que el intruso era un chico ataviado con una túnica negra y una capucha que le ocultaba los ojos.

—¿Quién eres? —le preguntó León, cansado ya de aquella situación.

El desconocido levantó la cabeza y, descubriéndose, mostró un rostro albino.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? ¿Qué quieres de nosotros?

Y, cuando la figura dio un paso al frente, León desenfundó sus puñales.

—¡Quieto!

Pero el albino continuó avanzando y, cuando llegó a la altura del Solitario, lo rodeó para seguir su camino hacia el interior de la tienda. Fue entonces cuando quedó claro que buscaba a Lobo.

León se colocó de nuevo en su trayectoria y, esta vez, le puso un cuchillo en el cuello. El desconocido se detuvo en seco y, por primera vez, dejó de observar al bebé para clavar sus ojos en la persona que tenía delante.

—Uno de vosotros morirá durante el viaje que acabáis de emprender —declaró de improviso.

Los tres chicos se estremecieron, pero fue León el que reaccionó:

—Repite eso y te rebano el pescuezo.

El albino miró a su oponente con indiferencia y, moviendo el cuello de un modo repentino, se provocó un corte a sí mismo.

—No me tengas miedo, bravo León —murmuró sin prestar atención a la herida—. No soy una amenaza, sino alguien que viene a ayudaros. Yo soy el oráculo de la Era del Caos. Veo el pasado y también el futuro. Conozco el sufrimiento que has tenido que soportar durante los últimos meses y vengo a decirte que todo lo que has visto, todo lo que has padecido, todo lo que has soportado tendrá su recompensa. Te lo aseguro.

El Solitario sintió un escalofrío. Nunca había confesado a nadie cuánto le había afectado recorrer durante meses aquella ciudad devastada y, al oírlo en boca de otra persona, algo se rompió en su interior. León se esforzaba por hacerse el duro, por parecer siempre contento, por no decepcionar a quienes lo consideraban un héroe, pero en aquel momento no pudo evitar que saliera a flote la rabia que había acumulado ante las innumerables injusticias que había presenciado: la crueldad de los salvajes, el pánico de los niños, la desesperación de los supervivientes... Y toda esa frustración emergió con tanta intensidad que sintió que las fuerzas le fallaban. Soltó los puñales porque de repente le pesaban demasiado, se sentó en el suelo y rompió a llorar desconsoladamente.

Entonces el desconocido se arrodilló ante él y le dijo:

—Ahora no puedes derrumbarte. Lobo te necesita. Tienes que hacer un último esfuerzo. La recompensa llegará pronto.

—¿Quién eres?

El albino se puso de pie y, hablando para todos los presentes, respondió:

—Yo soy el Profeta.

—¿Qué quieres de nosotros?

—Nada espero de vosotros. Y nada debéis esperar de mí. Solo he venido a decirlos que sois los portadores del futuro. Vosotros traéis la luz y en vuestras manos está que no se apague.

A Néstor aquellas palabras le parecieron demasiado enigmáticas y prefirió centrarse en lo que más le había preocupado de aquel discurso.

—Antes has dicho que uno de nosotros moriría... ¿quién?

El Profeta lo miró con curiosidad y caminó hacia él mientras decía:

—Lo importante no es saber quién morirá sino quién vivirá.

—Pues, dínos, ¿quién vivirá?

—Vivirá el que tenga que vivir. Pero llegará un momento en que tú, delicadísimo Néstor, tendrás

que dar un paso al frente y aceptar la transformación. Solo entonces dejarás de ser Néstor y pasarás a ser otra cosa.

—Así ¿seré yo quien muera?

—Toda transformación implica una muerte.

Después se dirigió a Astrea y posó una mano sobre la cabeza de Lobo.

—En tus manos está el futuro de este bebé, hermosa Astrea. Te ha tocado ser madre sin haber sido mujer primero y ahora te toca ser cuidadora sin que nadie cuide de ti.

—¿Lobo también corre peligro? —preguntó ella.

—En verdad es hermoso oírte hablar así. Tus compañeros se han preocupado por sus propias vidas, pero tú has puesto tus pensamientos en el bienestar del niño. Por eso se te ha encomendado su tutela. Tú brillas incluso sin tener luz en tu interior.

A continuación, el Profeta cubrió su rostro con la capucha, bajó la cabeza y se mantuvo en esa posición. Parecía haber caído en una especie de letargo, como si su mente estuviera allí pero no su cuerpo, y harto de aquella situación, León se incorporó, se colocó ante el albino y, visiblemente irritado, le soltó:

—¿Crees que puedes presentarte ante nosotros lanzando todos esos vaticinios y asustándonos de esta forma? ¿Acaso crees que no sabemos que no eres más que uno de esos desgraciados a quienes el Caos ha vuelto locos? ¿Crees que sentiría algún tipo de remordimiento si te matara?

Pero el Profeta no reaccionó. Continuó inmóvil, como si estuviera hibernando, y por más que le interpelaron, no se movió ni un ápice. Los viajeros esperaron a que saliera del sueño en el que parecía sumido y, cuando al fin comprendieron que no lo haría, cogieron sus mochilas y reemprendieron la marcha.

Atrás quedaba, a las puertas de una tienda de la estación de Sants, el Profeta que anunció la muerte de uno de ellos.

8

León se negó a atravesar en el parque de Joan Miró. Astrea y Néstor habían propuesto cruzarlo porque consideraban que la arboleda les permitiría avanzar sin ser vistos por los vigías, pero él les replicó que ese mismo follaje podía ocultar sorpresas desagradables como, por ejemplo, un grupo de salvajes agazapados tras los matorrales y preparados para tenderles una emboscada.

—Será más inteligente que nos refugiemos allí —sugirió señalando el parque de bomberos que se alzaba enfrente—. Tal vez encontremos utensilios que puedan servirnos.

Astrea y Néstor no insistieron. Sabían que él estaba más preparado para la supervivencia y, al acatar su consejo, aceptaron de facto su condición de líder.

Habían tardado más de medio día en recorrer el kilómetro escaso que separaba la estación de Sants del parque de Joan Miró. El motivo de tanta lentitud era la cautela con la que León avanzaba. Les hacía ir de portal en portal y, cada vez que se refugiaban en un edificio, él subía hasta el terrado, escrutaba el entorno desde las alturas y, cuando se había cerciorado de que no había enemigos, descendía por la escalera, comunicaba la noticia a sus compañeros y les recomendaba que caminaran hasta el siguiente bloque con la espalda pegada a la pared. Repetir esta operación con cada número de la calle ralentizaba el avance de un modo irritante, pero León consideraba que toda cautela era poca y no pensaba permitir que cometieran ningún fallo por culpa de las prisas.

Así, cuando algunas horas después llegaron al parque de Joan Miró, se refugiaron en la estación de bomberos. Registraron las dependencias a la búsqueda de víveres y, aparte de hachas de acero, reflectores portátiles y guantes ignífugos, solo localizaron un botiquín provisto con medicamentos de distinta índole. Aquello era un auténtico tesoro, sobre todo porque contenía fármacos que podrían salvar a Lobo en caso de que cayera enfermo.

—Tendremos que racionar las provisiones —sugirió León cuando estuvieron seguros de que no había alimentos.

Se sentaron a la mesa y Néstor repartió parte de la comida que llevaba en la mochila. Colocó tres galletas y una ración de mermelada en el plato de cada uno y, tras abrir una botella de agua, rellenó una sola vez los vasos de sus amigos.

—No podemos arriesgarnos a comer ni a beber nada más —dijo en un lamento—. No sabemos cuánto tiempo tendrá que durarnos lo que nos queda.

Astrea había formado un nido con las mantas y, tras sentarse en una esquina de la sala, untó los labios de Lobo con su propia mermelada.

Cuando terminaron de cenar, los tres se tumbaron en el suelo y, sin poder evitarlo, se quedaron dormidos. Apenas habían descansado unas tres horas cuando la chica los despertó asustada.

—¿Habéis oído eso?!

—¿El qué? —contestó Néstor todavía entre sueños.

—Afuera. Un ruido.

—Será un animal.

Astrea se incorporó y buscó a León con la mirada. Pero no estaba sobre su esterilla y, por un momento, pensó que se había marchado, que había desertado mientras descansaban, que los había dejado en la estacada. Y sintió tanto miedo que supo que jamás sobrevivirían sin su ayuda.

Pero no tuvo tiempo para reflexionar sobre las consecuencias de aquella traición, porque de pronto un objeto golpeó la ventana, rompió el cristal y cayó a sus pies. Tardó unos segundos en comprender de qué se trataba y, cuando al fin lo hizo, experimentó una sacudida en el estómago. Era la cabeza del Profeta.

—Pero ¡qué diablos...! —balbuceó Néstor.

Y no había terminado la frase cuando la cara de Rey Muerte asomó por el marco.

—Hola, amiguitos —saludó mientras esbozaba una sonrisa—. ¿Os ha gustado mi regalito? Quería traerlos todo el cuerpo de vuestro amigo, pero pesaba demasiado y al final he decidido que la cabeza sería suficiente.

Los dos muchachos estaban aterrados. Retrocedieron hasta la pared, se acercaron el uno al otro... creyeron que el viaje había terminado. Y en esas estaban cuando León salió lentamente de su escondite y, deslizándose por el mismo muro donde se abría la ventana, golpeó la cara del intruso con un casco de bombero. Rey Muerte no tuvo tiempo de protegerse y el impacto le hizo tambalearse, dar unos pasos hacia atrás y caer sobre el asfalto. Su agresor soltó una carcajada y, cuando se asomó para saborear su triunfo, descubrió a una veintena de salvajes armados hasta los dientes.

El líder de aquel escuadrón se incorporó con la nariz ensangrentada y, sin retirar la mirada de su enemigo, gritó:

—¡Yo soy Rey Muerte, señor absoluto del barrio de Les Corts y próximo emperador de Barcelona! He venido hasta aquí para reclamar aquello que me pertenece. Entregádmelo antes de que mi ira caiga sobre vosotros.

Astrea apoyó su frente en la cabecita de Lobo y lloró con amargura, y Néstor se acurrucó en una esquina y se abrazó las piernas temblando. León fue el único que se mantuvo sereno. Desde el principio del viaje, había aceptado que él era el guerrero del grupo y que, en consecuencia, recaía sobre sus hombros la defensa del recién nacido. Fue por eso por lo que, sin vacilar, se acercó a la

puerta, agarró el pomo y, mirando a sus amigos, dijo:

—Ahora vengo.

—¿Adónde vas? —le preguntó ella.

—A morir matando.

—¡No!

—No hay otra salida.

—Son demasiados.

—Lo sé. Pero tengo que enfrentarme a ellos. Si fracaso, os recomiendo que os suicidéis antes de que os cojan con vida. Matad primero a Lobo y luego quitaos la vida.

—Pero...

León abrió la puerta y salió sin atender a la réplica. Rápidamente, Astrea y Néstor se apostaron en la ventana y vieron que su compañero caminaba hasta el centro de la calzada, desenfundaba sus dos puñales y se enfrentaba a aquella horda.

—Aquí estoy, Rey Muerte. ¡He venido a matarte!

El líder de los salvajes no esperaba semejante reacción y, por unos segundos, pareció vacilar. Pero enseguida se dio cuenta de que la actitud de León era absurda y de que sus secuaces lo matarían antes incluso de que lo tocara.

—Siempre estuviste loco —replicó mientras se masajeaba la mano a la que le faltaban tres dedos.

—Sí, pero mi locura proviene de mi deseo de libertad. Por eso siempre seré más fuerte que tú.

—Ya veremos.

León se preparó para recibir el primer envite. En cualquier momento, uno de aquellos asesinos se abalanzaría sobre él y, aunque su objetivo era matar a Rey Muerte, asumió que nunca llegaría hasta el líder si antes no eliminaba a sus mercenarios.

Todavía no se había movido nadie cuando se oyó un gruñido que hizo que todo el mundo mirara hacia los arbustos del parque. De pronto vieron surgir a una jauría que, mientras avanzaba hacia sus oponentes, mostraba los dientes, agachaba el hocico y tensaba la cola. Los había de todas las razas, tamaños y edades, lo cual indicaba que aquella manada estaba compuesta por los perros que antes convivían con los seres humanos. Y es que, tras la llegada del Silencio, muchas mascotas abandonaron sus hogares a la búsqueda de alimentos y, los que no terminaron en las cazuelas de los supervivientes, recuperaron sus instintos primarios y se agruparon con otros de su misma especie.

El primer animal que atacó fue un dogo mallorquín que, saltando sobre un veinteañero, le clavó los colmillos en el cuello y lo tiró al suelo. El resto de los canes imitaron a su macho alfa y, en solo un par de minutos, casi todos los salvajes se debatían entre la vida y la muerte.

León se refugió en el interior del parque de bomberos y echó el cerrojo justo cuando un mastín trataba de darle alcance y, apenas un instante después, Rey Muerte golpeó la puerta suplicando que lo dejaran pasar.

—¡Abrid, por favor! ¡Abrid!

—¡Abre! —gritó Néstor—. No podemos dejarlo fuera.

—Claro que podemos —repuso León—. Hace un momento ese loco quería matarnos. ¿No pretenderás que ahora le salvemos la vida?

—Nosotros no somos como ellos. No podemos dejar que se lo coman.

—Sí que podemos.

Pero Néstor no estaba dispuesto a ceder y, apartando a su amigo de un empujón, abrió la puerta y facilitó el acceso de Rey Muerte justo un segundo antes de que un perro le diera alcance.

Ahora aquel loco estaba encerrado con ellos y todavía no se había dado la vuelta para mirar a sus rescatadores cuando León lo golpeó en la nuca con el mango de un hacha. El líder de los salvajes cayó al suelo inconsciente y, sin consultarlo con sus compañeros, el chico de ojos verdes lo arrastró hasta el vestuario, lo metió en un armario y lo dejó ahí dentro.

—Los perros no lo dejarán salir —protestó Néstor.

Al oír esa queja, León lo agarró por las solapas, lo empotró contra una pared y, apuntándolo con un dedo, le dijo:

—Mira, rata de biblioteca, ese tipo es un asesino que no dudará en matarnos a la primera de cambio. No pienso ayudarlo más. Bastante hemos hecho salvándole la vida. Ahora lo dejaremos dentro del armario y, si esos animales esperan a que salga para comérselo, pues peor para él. No me preocupa si vive o muere, y a ti tampoco debería preocuparte.

Tras estas palabras, lo soltó y, recogiendo su mochila, ordenó:

—Nos vamos. Venga.

Se dirigieron a la puerta trasera del edificio, pero, cuando la abrieron, tropezaron con cinco perros que, al verlos aparecer, gruñeron con rabia.

—No podemos salir.

—Déjame a mí —respondió León al tiempo que desenfundaba sus puñales y enseñaba el brillo de los aceros.

La jauría no mostró ningún temor ante el resplandor de aquellas armas, ni tampoco ante la ferocidad con la que su portador los amenazaba. Uno de ellos ya había empezado a doblar los cuartos traseros con la intención de saltar cuando, de pronto, surgió de entre la maleza un pastor suizo que se puso delante de los chicos y que, encarándose a los de su misma especie, mostró sus enormes colmillos.

La manada retrocedió ante esa inesperada aparición y, cuando el ejemplar recién llegado arrugó el hocico, los otros perros dieron la vuelta y desaparecieron en las entrañas del parque. Saltaba a la vista que conocían a ese animal de algún enfrentamiento anterior y que no querían medir nuevamente sus fuerzas con él.

—¡Huyamos! —gritó León.

—¿Y el perro? —preguntó Néstor señalando al pastor suizo que ahora los miraba en silencio.

—Que haga lo que quiera. Nosotros nos vamos.

Durante la siguiente hora, el animal los siguió a cierta distancia y, cuando alguno de ellos se giraba, levantaba las orejas, se sentaba y movía el rabo. Y parecía tan dócil que al final Néstor se detuvo, se arrodilló y lo invitó a acercarse. Al principio el animal avanzó con cierta desconfianza, pero, cuando alcanzó al chico y olisqueó sus dedos, se tumbó en el suelo, se puso panza arriba y permitió que le acariciara el vientre.

—Lo llamaremos Argos.

9

Llegaron al barrio del Raval poco antes de que amaneciera y se internaron en sus callejuelas buscando un edificio en el que refugiarse. Todavía no habían localizado ninguno que los convenciera cuando una chica se asomó a una de las ventanas de un bloque de viviendas y, sin ningún tipo de temor ante la presencia de extranjeros, dijo:

—Buenos días, viajeros.

Y un segundo después otra muchacha salió de una portería, se plantó delante de ellos y los saludó con una despreocupación absoluta:

—Hola, muchachitos.

Una cresta coronaba su cabeza rapada y unas franjas de color lila surcaban sus mejillas, como si fuera una india de una película del Lejano Oeste. De sus orejas y cuello colgaban abalorios confeccionados con monedas, chapas y anillos, y en la mano sostenía una lanza que apoyaba en el suelo. Pero lo más sorprendente de todo, o al menos lo que más alteró a los chicos, fue su desnudez. Llevaba unos tejanos recortados por encima de los muslos, pero ninguna prenda cubría sus pechos, y no parecía importarle que Néstor no supiera dónde posar los ojos.

—Tenemos un problema —murmuró León tratando de que solo lo oyeran sus amigos—. Nos hemos metido en el territorio de las Amazonas.

—¿Son peligrosas?

—Para los hombres, sí.

Enseguida se vieron rodeados por otras guerreras que, también desprovistas de camisetas, se acercaron hasta donde ellos se encontraban, los cogieron de las manos y, siempre entre sonrisas, les instaron a que las acompañaran:

—Venid. Venid con nosotras.

Argos gruñía sin cesar. Miraba a diestro y siniestro mostrando los dientes, pero obedeció a Néstor cuando este le ordenó que se tranquilizara. El grupo avanzó hasta llegar a la plaza que se abría frente al Museo de Arte Contemporáneo de Barcelona.

Una treintena de Amazonas los esperaban frente a una gran hoguera. Todas tenían la cara pintada, todas llevaban lanzas, arcos y flechas, todas se mostraban amables pese a su aspecto fiero.

Los exiliados se detuvieron junto a la fogata y una de las chicas, una que iba ataviada con un poncho de arpillera, un collar de cráneos de pájaro y un cayado cuya madera se retorció sobre sí misma, se acercó a Astrea, olió sus cabellos e inspeccionó su cuerpo. Después sacó un bote de pintura de su zurrón, introdujo una mano en su interior y, sacudiéndola después en el aire, manchó el suelo de rojo. Acto seguido se arrodilló frente al borrón, lo contempló durante unos segundos y, tras repasar sus contornos con el dedo, miró a la chica más alta del grupo y declaró:

—Es apta.

—Nuestra hechicera ha hablado con los dioses y le han comunicado que eres digna de vivir entre nosotras —explicó la que, con su corona de plumas sobre la cabeza y con su báculo de oro, parecía ser la Reina de las Amazonas—. Por tanto, te damos la bienvenida a nuestro barrio.

—¿Y ellos? —preguntó Astrea señalando a sus amigos.

—Ellos no.

—¿Por qué?

—Porque son hombres.

León y Néstor se miraron entre sí y Argos volvió a mostrar los dientes: habían caído en una trampa. Aunque el Solitario todavía tenía sus puñales, prefirió esperar para ver hacia dónde derivaban los acontecimientos.

—¿Quiénes sois? —inquirió a continuación Astrea.

—Somos amazonas —contestó la Reina—. Las Amazonas de la Era del Caos.

—¿Qué significa eso?

—Nosotras peleamos contra los salvajes. No les tememos. Hemos aprendido a luchar, los hemos expulsado del Raval y ahora vivimos en libertad.

Y al decir esto, las otras muchachas, una de las cuales se hallaba en un avanzado estado de gestación, alzaron las lanzas y gritaron al unísono:

—¡Hu ha, hu ha, hu ha!

—Nosotras matamos a los salvajes que querían esclavizarnos y, desde entonces, nos tienen miedo. No entran en nuestros dominios porque saben que no pueden vencernos. Somos centenares, miles de mujeres que nos hemos unido para acabar con la opresión de los hombres. Vigilamos nuestras fronteras, mejoramos nuestras técnicas de combate, nos hacemos más fuertes a diario. ¡Somos invencibles!

—¡Hu ha, hu ha, hu ha!

—Siempre tenemos encendida esta hoguera porque queremos que todas las oprimidas de Barcelona se unan a nosotras. Nuestro humo es como la luz de un faro que las atrae. Llegan chicas constantemente y nosotras las entrenamos. Aquí nadie les hace daño, nadie las molesta, nadie las esclaviza.

—¿No hay ningún varón?

—Los hombres no tienen cabida en este barrio. Cualquier macho que atravesase nuestras fronteras es ejecutado inmediatamente.

En ese punto, León palpó la empuñadura de sus cuchillos.

—Pero ¿por qué? —preguntó Astrea.

—Porque estamos construyendo otro tipo de sociedad. Una sociedad de mujeres libres. No queremos volver al pasado. No queremos un mundo controlado por los hombres.

—Pero no todos los chicos son malos.

—Cierto. No todos los chicos son malos, pero todos los salvajes son chicos. Por tanto, todos los chicos pueden acabar siendo salvajes. Nosotras no queremos arriesgarnos, no queremos acoger a quienes llevan el germen de la maldad dentro.

Seis Amazonas se habían colocado sigilosamente detrás de Néstor y León y, cuando su reina les hizo una señal, los acorralaron con las puntas de sus lanzas, los obligaron a tumbarse en el suelo y los ataron de pies y manos. Argos saltó sobre una de ellas y, cuando le clavó los colmillos en el brazo, otra muchacha lo golpeó con un garrote. El perro emitió un gemido y cayó aturdido sobre el asfalto.

Astrea abrazaba a Lobo con todas sus fuerzas. Temía que ocurriera lo que, efectivamente, pasó a continuación.

—Ese bebé, ¿es un niño o una niña? —inquirió la hechicera al tiempo que acariciaba uno de los cráneos que colgaban de su cuello.

—Solo es un bebé.

—Pero ¿es un varón o una hembra?

—Es una niña —mintió ella.

La bruja se acercó hasta Lobo y, tras olerle la cabeza, dio un paso atrás y gritó:

—¡Falso! ¡Es un niño!

Entonces la Reina de las Amazonas alzó los brazos, cerró los ojos y, tras musitar unas palabras que nadie entendió, apuntó a Astrea con su báculo.

—Es la primera vez que nos enfrentamos a esta situación. Desde la llegada del Silencio, no habíamos visto a un recién nacido —dijo antes de permanecer unos segundos callada, respirar profundamente y añadir—: Pero no somos asesinas. No vamos a matar a un bebé.

—¿Entonces?

—Tendrás que abandonarlo en las lindes del barrio. Solo así podrás quedarte.

—¡No pienso abandonarlo! —exclamó Astrea mientras retrocedía aterrada.

—En tal caso, tú también tendrás que irte. Aquí no lo admitimos.

—Me iré. Claro que me iré.

—Te estamos ofreciendo una sociedad sin violencia. ¿No quieres tener una vida tranquila?

—¡Vosotras sois más violentas que los salvajes! Queréis que deje a Lobo en el más absoluto de los desamparos y, además, planeáis matar a mis amigos. ¿Qué clase de sociedad estáis construyendo? Ni siquiera me imagino lo que haréis cuando vuestra compañera tenga a su hijo —añadió señalando a la amazona embarazada.

—Si sus entrañas cobijan a un varón, tendrá que depositarlo en la frontera y olvidarse de él.

La gestante se echó instintivamente una mano al vientre y agachó la cabeza.

—¡Estáis locas! —bramó Astrea incrédula—. La Era del Caos os ha convertido en salvajes y ni siquiera os habéis dado cuenta.

—No sabes lo que dices. Los salvajes matan a las mujeres, mientras que nosotras las defendemos.

—Pero hay otras opciones.

—¿Como cuáles?

—Nosotros nos dirigimos a un lugar donde los chicos y las chicas viven en armonía.

—¿Dónde está ese lugar?

—Él lo sabe —aseguró Astrea, y a continuación señaló a su amigo—. Él es León. León, el Solitario.

Cuando oyeron eso, las amazonas que retenían al muchacho lo soltaron y lo observaron con curiosidad. Por su parte, la reina se acercó y, tras repasarlo de arriba abajo, confesó:

—Hemos oído hablar mucho de ti.

—Y yo de vosotras. Os respeto por vuestra valentía.

—Y nosotras respetamos tu coraje. Te has enfrentado a los salvajes en más de una ocasión y tus acciones han devuelto la esperanza a muchos supervivientes. Eso nos gusta —agregó antes de hacer una señal a la hechicera.

Esta se acercó a León lentamente y le olió las manos, el cuello y la barriga. Después miró a su reina y volvió a asentir con la cabeza.

—Os dejaremos marchar —dijo de pronto la soberana—. Los dioses os acompañan y nosotras no podemos oponernos a su voluntad. Seguid vuestro camino y no volváis atrás. Si aparecéis por aquí de nuevo, moriréis. Este es nuestro territorio. ¡El territorio de las chicas libres!

—¡Hu ha, hu ha, hu ha!

Las amazonas acompañaron a Astrea hasta la frontera del barrio. Detrás iban León y Néstor, a quienes no desataron hasta alcanzar la calle donde terminaban sus dominios.

Después se marcharon sin ni siquiera despedirse, a excepción de la embarazada, que permaneció unos segundos junto a Astrea.

—Ven con nosotros —le dijo la chica de los ojos azules.

—No puedo. Esta es mi tribu.

—Pero ¿qué ocurrirá si tu bebé es un niño?

La muchacha se acarició el vientre y, mostrando unos ojos enrojecidos, respondió:

—Si nace varón, abandonaré a mi gente.

—¿Y te enfrentarás a la ciudad tú sola?

—No tendré otro remedio. Mis compañeras tratarán de convencerme de que me quede con ellas, pero yo no podré hacerlo. No sería capaz de alejarme de mi hijo.

—Tu reina se está equivocando...

—No la juzgues. Las amazonas no somos malas. Simplemente queremos una sociedad donde no

haya salvajes. Tal vez no hayamos tomado el camino correcto, pero tenemos derecho a intentarlo.

La embarazada acarició la cabeza de Lobo y después abrazó a Astrea.

—Espero que algún día todo vuelva a la normalidad.

10

La plaza de Catalunya estaba desierta. No había ni rastro de supervivientes ocultos tras las ventanas, ni de salvajes patrullando las calles ni tampoco de perros husmeando las papeleras: se respiraba una tranquilidad poco corriente en una ciudad en guerra como Barcelona.

—Da la sensación de que han evacuado la zona —comentó León mientras miraba a su alrededor.

—¿Adónde habrá ido la gente?

—Ni idea. Hace mucho tiempo que no paso por aquí.

Avanzaron por uno de los laterales, evitando en todo momento el centro de la plaza, y llegaron a unos grandes almacenes en los que decidieron instalarse. Fue idea de Astrea. Recordó que, antes de la llegada del Silencio, allí vendían cosas para recién nacidos y supuso que nadie se habría preocupado de robar ese tipo de productos. Además, en la tercera planta se ubicaba el departamento de colchones y, cuando sugirió la posibilidad de descansar en una auténtica cama, todos estuvieron de acuerdo. Confiaban en que Argos les alertaría si aparecía algún extraño, así que se sintieron seguros y cerraron los ojos. Media hora después, los cuatro dormían profundamente.

Y, en efecto, el perro fue el primero en oír aquel ruido. Fue un leve crujido que lo incitó a incorporarse. Aunque todavía estaba algo dolorido por el golpe recibido durante la pelea con las amazonas, seguía teniendo el oído fino y, cuando percibió el chasquido, irguió las orejas, tensó la cola y levantó el hocico. Aún no había ladrado cuando cinco salvajes surgieron de entre las sombras y se precipitaron sobre los viajeros. Argos consiguió morder a uno de ellos, pero este se defendió arreándole tal patada en las costillas que el animal no pudo más que ponerse a resguardo bajo una mesa.

Los intrusos maniataron a los chicos y, ávidos de venganza como estaban, les propinaron una sarta de puñetazos. Después, cuando se hubieron cansado de golpearlos, los obligaron a mirar al frente para ver a Rey Muerte sosteniendo a Lobo en brazos.

—¡Suéltalo! —gritó Astrea al instante.

—Ni lo sueñes.

—¿Para qué lo quieres? A ti no te sirve de nada.

—Te equivocas. Tengo grandes planes para él.

—¿Qué clase de planes?

—No son de tu incumbencia.

León había recibido más golpes que sus compañeros. Tenía el cuerpo desmadejado, la cabeza inclinada hacia delante. Parecía inconsciente, pero no lo estaba, puesto que, en ese punto de la conversación, levantó la mirada y musitó:

—Lo quiere para beber su sangre.

—Yo no he dicho eso —replicó rápidamente Rey Muerte.

—Pero seguro que ese es el motivo. Eres tan idiota que te has creído esa mentira sobre la posibilidad de sobrepasar los veintidós años bebiendo la sangre de un recién nacido.

—¿Quién dice esa estupidez? —preguntó Astrea.

—Los chamanes. Se han inventado esa teoría y algunos ignorantes se la han creído. Creen que la sangre pura de un recién nacido, al estar libre del virus, puede sanar la sangre impura de los que están a punto de morir.

Los chamanes eran chicos cercanos a los veintidós años que, al carecer de fuerza física para convertirse en salvajes, habían encontrado otra forma de sobrevivir. Ofrecían a los líderes tribales sus conocimientos sobre algo que denominaban medicina, pero que, en verdad, no era más que simple superchería. Faltos de una auténtica cultura, aquellos charlatanes habían reformulado algunos conceptos científicos oídos durante su infancia y adolescencia, y los habían convertido en teorías sobre la salud más cercanas a la magia que a cualquier otra disciplina. Preparaban brebajes en los que disolvían las pastillas que sustraían al tuntún de las farmacias, llenaban sus cuadernos de fórmulas químicas que carecían de cualquier sentido e incluso redactaban plegarias, conjuros y oraciones que, supuestamente, protegían a sus líderes de cualquier desgracia. Por otra parte, se tatuaban ecuaciones matemáticas y frases en latín en el cuerpo, y adornaban sus vestimentas con toda clase de objetos que recordaran vagamente al mundo de la medicina: estetoscopios, lentes de aumento, jeringuillas... Y, aunque saltaba a la vista que sus métodos no servían para nada, aquellos farsantes habían conseguido convencer a los salvajes de que poseían el poder de la sanación y sus teorías, por muy descabelladas que fueran, habían sentado cátedra entre la población. Una de ellas, sin duda la más popular, aseguraba que la sangre de los recién nacidos era el antídoto contra el virus que mataba a los veinteañeros.

—Todo el mundo sabe que esos chamanes mienten —proclamó Astrea visiblemente indignada.

—Pero Rey Muerte no es demasiado listo y se deja convencer por el primer estafador que pasa —añadió León con desdén.

—Pensad lo que queráis —dijo entonces el líder—. No tengo que daros explicaciones.

A continuación ordenó a sus secuaces que desataran a sus prisioneros y los arrastraran hasta la plaza; cuando aflojaron las cuerdas de León, este sacó fuerzas de flaqueza y se precipitó sobre Rey Muerte sin que nadie pudiera evitarlo. Lo tiró al suelo, se sentó encima de él y empezó a propinarle puñetazos hasta que los salvajes pudieron sujetarlo. Lo retuvieron en el centro de la

sala. Cuando su enemigo se rehízo e incorporó, cogió el bate de béisbol y, con un movimiento certero, lo descargó sobre su rodilla.

León lanzó un grito y cayó sobre el parquet. El impacto le había destrozado la rótula y su pierna sangraba por culpa de los clavos que tachonaban el palo. Pero el martirio no había hecho más que empezar. Rey Muerte esbozó su habitual sonrisa, se pasó la lengua por los labios y le atizó por segunda, por tercera y hasta por cuarta vez en el mismo sitio. Había entrado en una espiral de furia que le impedía dejar de golpearlo, de manera que cuando el cansancio lo obligó a detenerse, León yacía sobre un charco de sangre. Le había roto la pierna derecha por más de seis puntos y el dolor resultaba tan insoportable que se desmayó.

—¡Sacadlos a la calle! —ordenó a continuación el loco—. Los mataremos allí y dejaremos sus cadáveres a la vista de todos. Servirá de lección para otros posibles rebeldes.

Quince minutos después, Astrea, León y Néstor estaban maniatados en el centro de la plaza de Catalunya.

—Ha llegado el momento de morir —les anunció Rey Muerte—. Sin embargo, todavía no sé a quién degollaré primero. León está descartado, ya que, con esa pierna, no supone ningún peligro, así que la cosa está entre vosotros dos. No os haré sufrir mucho porque no tengo tiempo que perder. Debo regresar a Les Corts lo antes posible. He firmado un pacto de no agresión con los líderes de los otros barrios porque a ellos también les interesaba que todo el mundo viera que no se pueden infringir las normas creadas en la Era del Caos. Pero, claro, su paciencia tiene un límite y no quiero abusar de ella. Además, después de la escabechina en el parque de bomberos, solo me quedan estos inútiles —expuso señalando a sus propios secuaces— y tengo que reclutar a nuevos soldados. Gran parte de mi ejército murió devorado por los perros y ahora debo empezar de cero. ¡Y todo por vuestra culpa! Si me hubierais entregado al niño desde un principio, nada de esto habría ocurrido. Puede que incluso os hubiera dejado vivir. Pero, como habéis sido unos niños malos, me veo obligado a vengarme. Tengo una reputación que mantener, ¿sabéis?

Los cinco salvajes que lo acompañaban rieron por lo bajini, pero recuperaron la seriedad cuando su líder les clavó la mirada.

—En fin, ¿a quién mato primero? ¿Alguna sugerencia?

Ninguno de los prisioneros respondió. León todavía estaba aturdido y Astrea tenía la atención puesta en el recién nacido, a quien habían depositado en un canasto y dejado en el suelo. Por su parte, Néstor miraba hacia otro lado para manifestar su desdén y, mientras observaba un punto indeterminado de la plaza, detectó algo que se movía. Al principio no discernió qué era, pero, tras fijarse con más detenimiento, comprendió que se trataba de la tapa de una alcantarilla. Alguien la estaba abriendo desde abajo y, cuando esta se hubo deslizado completamente, un niño emergió del subsuelo y se ocultó tras un árbol.

—Eres un pobre loco —dijo Astrea mirando de repente a Rey Muerte—. Dime, ¿cómo era tu vida antes de la llegada del Silencio? Imagino a tus padres aterrados al darse cuenta de que habían criado a un monstruo. Pero también imagino a tus compañeros de clase evitando sentarse a tu lado,

a tus vecinos inventando cualquier excusa para no coincidir contigo en el ascensor, a tus novias abandonándote al descubrir tu auténtico carácter... Sí, veo en tus ojos que estoy en lo cierto. Siempre has estado loco y la gente te ha dado la espalda.

—¡Calla!

—¡Pobre Rey Muerte! Descubriste demasiado tarde que nadie quiere ser amigo de una persona malvada. Si hubieras canalizado toda tu energía en ayudar a los demás, si hubieses apoyado a tus compañeros de clase, si hubieras sonreído a tus vecinos, si de vez en cuando hubieses dado un beso a tu madre, si hubieras hecho ese tipo de cosas en vez de dedicarte a hacer el mal, si lo hubieras hecho, digo, hoy no estarías loco. Has transformado el dolor en odio y en tu interior solo queda soledad. Porque estoy segura de que, por las noches, cuando te recuestas en el sillón de tu camión, recuerdas a las personas que te quisieron y te echas a llorar mientras piensas que les fallaste. ¿No es así, Rey Muerte? ¿No era así de triste la vida que llevabas antes de la llegada del Silencio?

—¡Calla! —repitió al tiempo que le asestaba un puñetazo en la mandíbula.

Entretanto, Néstor continuaba observando la sombra que se deslizaba por los contornos de la plaza y que, sigilosamente, consiguió acercarse hasta el canasto en el que Rey Muerte había depositado a Lobo. Vio cómo aquel niño cogía al bebé en brazos y le tapaba la boca, y también fue testigo de la rapidez con la que, desandando el camino, entraba de nuevo en las cloacas, cerraba la tapa de la alcantarilla y desaparecía sin que nadie lo hubiera visto.

—Y tú, ¿qué miras? —le preguntó Rey Muerte al reparar en que sus ojos estaban clavados en un lugar distante.

El aludido replicó volviéndose hacia él:

—Ahora, a un idiota.

Rey Muerte le golpeó en la boca con el bate de béisbol. Pero, en vez de retorcerse de dolor, Néstor le devolvió una sonrisa que dejó al otro desconcertado.

—Puedes pegarme todo lo que quieras —murmuró antes de escupir sangre sobre los zapatos de su agresor—, pero te aseguro que jamás conseguirás tu objetivo.

—Eso ya se verá.

—No, no se verá. Porque ya no tienes a Lobo. Se lo han llevado delante de tus narices y ni siquiera te has enterado. Eres patético.

Rey Muerte se giró bruscamente y, al ver el canasto vacío, lanzó un grito cargado de rabia.

—Ya no tienes futuro —insistió Néstor—. Pronto llegará tu momento, el día del Juicio Final, y nosotros nos reiremos.

11

Rey Muerte había ordenado a sus secuaces que registraran hasta el último rincón del barrio. Pero era una tarea absurda, habida cuenta de que la plaza de Catalunya estaba llena de vericuetos y de que jamás se les ocurriría buscar en el subsuelo.

—Nunca lo encontrarás —aseveró un Néstor todavía exultante.

El líder de los salvajes lo abofeteó con furia. No soportaba que se burlaran de él y menos alguien que estaba bajo su dominio. Aun así, el prisionero continuaba mostrándose altivo y, cuantos más golpes recibía, más sonoras eran sus carcajadas. Parecía que había enloquecido, porque ni siquiera se contuvo cuando el otro le colocó un cuchillo en el cuello y lo amenazó con cercenarle la aorta.

—Se te acaba el tiempo, ¿verdad? —decía entre risotadas—. ¿Cuánto hace que cumpliste los veintidós años: un mes, seis meses, once meses? La cuenta atrás ha empezado, ya queda poco para tu fin.

Rey Muerte lo golpeó de nuevo con el bate, pero no consiguió que el chico callara.

—¡Ay, pobre salvaje! Tuviste al niño en tus manos y lo perdiste. En mi opinión, eres el delincuente más tonto de Barcelona. Tan tonto que ni siquiera podrás volver a tu antiguo barrio. Porque estoy convencido de que alguien habrá usurpado tu trono. Creer que podrías ausentarte y regresar como si nada fue una idiotez por tu parte. No sé cómo...

Néstor dejó de hablar unos segundos porque una idea resplandeció en su mente. Cuando retomó el habla, su tono fue distinto.

—Aunque... ahora que lo pienso... nunca tuviste la intención de volver, ¿verdad?

El rostro de Rey Muerte se crispó.

—¡Claro! Ahora lo entiendo. Tu intención era hacerte con Lobo y abandonar Barcelona. Querías establecerte en algún sitio donde pudieras empezar de cero. ¿Me equivoco? No, claro que no. ¡Quieres dejar de ser Rey Muerte! No piensas regresar a Les Corts porque en el fondo odias la violencia que tú mismo has engendrado.

Tras decir estas palabras, el chico soltó una carcajada. Su rival lo observaba en silencio.

—Me das pena —prosiguió—. Podrías haber tenido una buena vida. Podrías haberte unido a los

supervivientes que pretendían la paz, podrías haberte convertido en el líder de cuantos luchaban contra las injusticias, podrías haberte convertido en un héroe a quien todo el mundo admirara. Sin embargo, optaste por la violencia y luego no supiste regresar al camino recto. Sí, Rey Muerte, veo en tus ojos que te arrepientes de la vida que has llevado y que temes a la muerte como el marinero teme a las tempestades.

No volvió a golpear a Néstor. Se limitó a darle la espalda y mirar hacia el lado contrario en actitud contemplativa. Fue al darse la media vuelta cuando descubrió a un niño plantado en un extremo de la plaza: no debía de superar los siete años y daba la sensación de que había surgido de la nada.

—¿Quién eres?! —le preguntó gritando.

El chiquillo continuó impassible incluso cuando el salvaje dio un paso al frente, y después otro y otro más... Ya le quedaban pocos metros para alcanzarlo cuando las tapas de todas las alcantarillas se abrieron y un ejército de niños emergió del subsuelo, rodeó a los intrusos y se ciñó sobre ellos.

Retuvieron a Rey Muerte y a sus secuaces a punta de lanza, y liberaron a Astrea y Néstor, pero no a León.

—Está herido —les dijo Néstor señalando a su amigo—. Necesita ayuda.

—No nos fiamos de él —respondió uno de ellos.

—¿Dónde está Lobo? —preguntaba Astrea mientras caminaba entre los cientos de niños que ahora poblaban el lugar—. Busco a Lobo, el bebé, el recién nacido...

La multitud señaló al alimón hacia un punto de la plaza y, haciendo gala de una sincronización extraordinaria, formó un pasillo al fondo del cual se encontraba la criatura. Lo habían depositado en un capazo cubierto con una manta y uno de aquellos chiquillos, el único que llevaba una camisa blanca, se lo entregó a la chica.

—¿Eres el líder de este... grupo? —le preguntó ella.

—Aquí no hay líderes.

—Pero los otros niños van de negro y tú, de blanco.

—Cada día uno de nosotros viste de blanco. El que va de blanco es el que da las órdenes. Pero al día siguiente el que da las órdenes le entrega la camisa blanca a otro niño. Aquí no hay un jefe, sino muchos —añadió para, inmediatamente, levantar un puño y proclamar—: ¡Todos iguales, todos libres!

Y entonces los otros chiquillos alzaron los brazos y repitieron aquella consigna como si fuera un mantra:

—¡Todos iguales, todos libres! ¡Todos iguales, todos libres! ¡Todos iguales, todos libres!

—¿Vivís en las cloacas? —inquirió a continuación Néstor.

—Las cloacas son más seguras que los edificios. Las cloacas evitan que los chicos mayores nos encuentren.

—Pero son sucias.

—No, no lo son. Las hemos limpiado y ahora son nuestro hogar. Venid, os lo enseñaremos.

El niño de blanco hizo un gesto y otro chiquillo levantó la tapa de una alcantarilla. Astrea y Néstor descendieron por una escalerilla; el Rey Muerte y sus secuaces tuvieron que hacerlo con las manos atadas. León, ahora cojo, fue descolgado con cuerdas.

Ciertamente, las alcantarillas estaban impolutas: habían drenado el agua e higienizado los canales; además, habían colgado antorchas a lo largo de los túneles y convertido los conductos secundarios en habitaciones comunitarias donde se apiñaban decenas de colchones. También habían decorado las paredes con retratos de adultos, probablemente de sus padres y abuelos, y habían convertido aquella ciudad subterránea en un lugar donde vivir felices.

Tras caminar un rato, llegaron a una especie de plaza y los niños se sentaron en círculos concéntricos, dejando el centro para los visitantes. Les pidieron que tomaran asiento y todos guardaron silencio hasta que un reloj de cuco colgado en una de las paredes marcó las doce.

—¡Es la hora de los recuerdos! —anunció entonces el niño vestido de blanco.

Sus compañeros estallaron en aplausos y ovaciones hasta que su líder, el de aquel día, alzó los brazos y planteó:

—¿A quién le toca matar al olvido?

Un chiquillo de unos ocho años se levantó y, salvando los obstáculos, se colocó en el centro del primer círculo, señaló una de las fotografías que adornaban la pared y dijo:

—Estos eran mis padres...

—¡Recuerdo, recuerdo, recuerdo! —clamó el grupo al unísono.

—Me acuerdo de un día en que yo tenía miedo. Era de noche y todo estaba oscuro. Mi hermano mayor dormía a mi lado, pero yo no quería despertarlo porque él siempre se burlaba de mí cuando yo le confesaba que tenía miedo.

—¡Sí! —gritó alguien—. Los hermanos mayores se burlaban de nosotros. Pero ahora somos felices porque ya no hay nadie que nos oprima.

—¡Felices, felices, felices! —jalearon sus compañeros.

—Aquella noche llovía y tronaba —continuó el pequeño—. La tormenta me daba miedo porque creía que atraía a los monstruos. Me levanté y fui a la habitación de mis padres. Me quedé a los pies de la cama. Ellos dormían y yo no quería molestarlos. Me quedé quieto un rato. No tuve que esperar mucho. Mi madre detectó mi presencia enseguida. Ella siempre se despertaba cuando yo la necesitaba... no sé cómo lo hacía, pero abría los ojos cuando me acercaba y me sonreía. Aquella noche me preguntó qué pasaba y le dije que tenía miedo. Entonces levantó un poco la sábana para que me acostara a su lado. Yo salté sobre la cama. Me gustaba mucho dormir con mis padres. Mi padre roncaba y me aplastaba cuando se movía, y mi madre me acariciaba hasta que me quedaba dormido. En esa cama yo era feliz. Allí los monstruos no podían hacerme daño.

Clavó la mirada en la foto de la pared y se encogió de hombros.

—Ese es mi recuerdo.

—¡Recuerdos, recuerdos, recuerdos!

El niño vestido de blanco se incorporó, alzó de nuevo los brazos y proclamó:

—Hemos recuperado otro recuerdo y ya nunca lo olvidaremos. Así es como conservamos la memoria de los que se fueron y así continuaremos haciéndolo.

—¡Recuerdos, recuerdos, recuerdos!

—Pero hoy hemos de ocuparnos de otro asunto. Tenemos invitados y queremos ser educados con ellos. Nuestros padres nos dijeron que teníamos que ser buenos anfitriones y nosotros siempre respetamos lo que nos enseñaron los que se fueron. Por eso permitiremos que los invitados nos hagan preguntas y nosotros responderemos.

Y, diciendo esto, miró a Astrea y a Néstor.

—¿Dónde están los adolescentes? —preguntó ella.

—No hay adolescentes.

—¿Y los salvajes?

—No hay salvajes.

—¿Se han marchado?

Se oyeron algunas risillas entre los congregados.

—Los adolescentes y los salvajes eran malos. Unos se creían más listos que nosotros y otros querían hacernos daño.

Astrea contempló a la multitud y, temiendo la respuesta, preguntó:

—¿Y qué hicisteis con ellos?

Entonces los niños, desde el primero al último, colocaron su dedo índice sobre el cuello, dibujaron un arco y sonrieron de nuevo.

—¿Los matasteis?

—Te lo hemos dicho: los adolescentes y los salvajes eran malos con nosotros.

—Pero ¿cómo?

—Fácil. Nosotros éramos más.

Astrea y Néstor dieron un paso atrás.

—No os preocupéis —aclaró rápidamente el niño—. A vosotros no os mataremos.

—¡Nooooooooo! —gritaron todos a la vez.

—Vosotros cuidáis de Lobo. Vosotros sois buenos y Lobo os necesita.

Astrea y Néstor se mostraron algo más relajados, pero entonces el niño señaló a Rey Muerte, a León y a los cinco salvajes, y anunció:

—Pero a ellos sí que los mataremos. Ellos son malos. Ellos son violentos. Los hemos visto pelear. Nos recuerdan a los adolescentes que nos hacían daño.

—¡No! —chilló Astrea antes de añadir—: Ese de ahí se llama León y ha cuidado de Lobo. Se ha jugado la vida por él.

—Pero lleva la violencia dentro. Nosotros lo hemos visto.

Astrea se arrodilló ante el chiquillo de la camisa blanca y, acariciándole la cara, le suplicó:

—No matéis a más gente. Matar os hace malos. Si no dejáis de hacerlo, acabaréis haciéndoos

daño a vosotros mismos. La maldad se adueñará de vuestro grupo y no podréis...

—¡Nosotros defendemos la felicidad de los niños!

—¡La felicidad de los niños, la felicidad de los niños, la felicidad de los niños! —repetieron todos mientras se levantaban y abrían un pasillo que desembocaba en el túnel por el cual habían llegado.

—Os invitamos a que os marchéis —dijo entonces el de blanco—. Podéis llevaros a Lobo. Sabemos que queréis lo mejor para él.

—¿Y León?

—El chico violento se queda con nosotros.

Astrea quiso correr hacia el lugar donde se encontraba su amigo, pero los habitantes de las cloacas formaron una barrera humana y mostraron sus lanzas.

—¡Fuera, fuera, fuera! —gritaban mientras avanzaban lentamente y empujaban a los forasteros hacia la salida.

12

Astrea abrazaba a Lobo mientras lloraba en silencio. Néstor, a su vez, contemplaba la tapa de una alcantarilla con los puños cerrados. Permanecieron así durante un rato, sin saber qué hacer, hasta que oyeron un ladrido: Argos apareció tras las puertas del centro comercial y se colocó entre las piernas de la chica, movió el rabo y esperó a que lo acariciara.

—Al menos él ha regresado.

Néstor no contestó. Seguía mirando el suelo con el ceño fruncido.

—No puedo dejarlo ahí —soltó entonces.

A Astrea no le sorprendió este comentario; al contrario, lo esperaba. Tal vez no fuera un chico valiente, pero sin duda era una persona íntegra y, sobre todo, leal. Y había llegado el momento de demostrarlo.

—Rescátalos a los dos —replicó ella.

—¿También a Rey Muerte?

—También.

—De acuerdo.

Astrea se despidió de su amigo con un beso en la mejilla y, mientras veía cómo se iba adentrando en la plaza, temió no volver a verlo. Los niños del subsuelo los habían expulsado de su reino a punta de lanza, les habían advertido que no regresaran, los habían amenazado con matarlos si lo hacían... pero no habían liberado a León, y Néstor no podía abandonarlo.

Bajó a las cloacas por una escalerilla y avanzó por los túneles sin esconderse en los recodos. Quería que lo descubrieran, que supieran de su regreso, que se dieran cuenta de que no les tenía miedo. Y, según esperaba, no tardó en tropezar con un niño que primero lo miró como quien ha visto un fantasma y que después lanzó un grito:

—¡Adulto, adulto, adulto!

En cuestión de segundos, docenas de voces atipladas repetían la consigna:

—¡Adulto, adulto, adulto!

Enseguida se vio rodeado por una multitud que, a punta de lanza, lo empujó hasta la misma explanada donde había estado una hora antes.

—Te dijimos que no volvieras —le recordó el niño que vestía de blanco.

—No podía dejar que los matarais.

—Pues ahora morirás con ellos.

En una de las paredes, amordazados y encadenados, estaban León y Rey Muerte; los otros cinco salvajes habían desaparecido y Néstor supuso que, para ellos, había llegado demasiado tarde.

A continuación, un niño se acercó con una cuerda entre las manos, pero, antes de que pudiera apresarlos, Néstor se zafó de un empujón. Después se encaró al público y, alzando los brazos, gritó:

—¡Exijo mi derecho a matar al olvido!

La muchedumbre se agitó como un campo de trigo azotado por el viento. Los habitantes de las cloacas estaban confusos, no sabían qué responder, aquello no había ocurrido nunca: era la primera vez que un forastero reclamaba permiso para ejercer semejante derecho y no estaban seguros de si debían concedérselo. Sin embargo, el deseo de recopilar historias pesaba tanto en aquella comunidad que, antes de que su líder pudiera oponerse, alguien clamó:

—¡Recuerdo!

Los demás secundaron su petición:

—¡Recuerdo, recuerdo, recuerdo!

El niño de blanco miró a sus compañeros turbado y, aunque hubiera preferido evitar que Néstor hablara, aceptó el deseo de la mayoría y, echándose a un lado, cedió la palabra al intruso.

—Os voy a contar una historia que ocurrió hace mucho mucho tiempo, concretamente durante una época que se conoció como «el año sin verano».

—¡Oooh! —murmuraron todos.

—Aquel año un volcán entró en erupción y expulsó tanto humo que tapó la luz del sol durante varios meses. Los días eran oscuros y las noches no tenían estrellas. Todos tenían miedo, pero una mujer, una mujer llamada Mary Shelley, vio en aquellas tinieblas la oportunidad de escribir un cuento tenebroso. El cuento hablaba de un hombre y de un monstruo. El hombre se llamaba Frankenstein; el monstruo no tenía nombre...

—¡No queremos monstruos! —gritó uno de los chiquillos.

—¡No, no, no!

—No os preocupéis —les aclaró rápidamente Néstor—. Este monstruo no os hará daño. Dejad que os explique la historia y aprenderéis muchas cosas.

—Sigue —ordenó el líder del grupo.

—El doctor Frankenstein, porque en verdad aquel hombre era médico, estaba convencido de que podía devolver la vida a los muertos. Se creía tan poderoso como Dios y, cogiendo el brazo de un cadáver, la pierna de otro y el cerebro de un tercero, construyó un cuerpo al que después insufló vida. Así nació su criatura, que no era otra cosa que una especie de zombi hecho a partir de las partes de otros muertos.

—¡Oooh!

—Pero el doctor Frankenstein se dio cuenta de que había creado un monstruo y, arrepintiéndose de su pecado, lo expulsó de su casa. La criatura vagó por los bosques sintiéndose rechazada, y la tristeza inundó su corazón. Aunque tenía un cuerpo de adulto, su cerebro era el de un niño: no sabía hablar, no sabía leer, no sabía desenvolverse en el mundo. Tenía que aprenderlo todo igual que aprendíais vosotros antes de la llegada del Silencio, cuando ibais a la escuela. Pero, en aquel caso, no había nadie que quisiera enseñar al monstruo y él vagaba por las montañas deseando encontrar a alguien que lo amara. Por suerte, tras caminar durante muchos días, llegó a una cabaña donde vivía una familia muy pobre y, tras esconderse en el establo, se dedicó a observarla durante semanas enteras. Así fue como, imitando las costumbres de aquella familia, aprendió a hablar, a leer y, lo más importante, a pensar. Y también fue así como el monstruo descubrió que solo se aprenden cosas observando a quienes saben más que nosotros.

Néstor interrumpió la historia en este punto porque no necesitaba continuar para lanzar el mensaje que buscaba. Ahora los niños lo miraban fijamente y no quiso desaprovechar la ocasión de sacar a relucir la moraleja.

—Os he contado este cuento porque quiero que entendáis que no se puede avanzar sin la ayuda de los adultos. El monstruo del que os he hablado necesitó de aquella familia que vivía en una cabaña para aprender a hablar, a leer y a pensar, y vosotros necesitáis de los adolescentes para convertirlos en personas de provecho.

Los habitantes de las cloacas continuaban en silencio.

—¿No veis la relación entre la historia del monstruo y la vuestra? ¿No empezáis a vislumbrar la importancia que los adolescentes pueden tener en vuestra vida? ¿No reparáis en el peligro que supone expulsar de vuestro lado a quienes os pueden ayudar? Los adolescentes os transmitirían conocimientos de los que ahora no disponéis. Ellos os ayudarían a constituir una sociedad, a convertirlos en personas inteligentes, a salir de las cloacas y a reconstruir la ciudad.

—Reconstruir la ciudad —musitó uno de los niños haciendo que su comentario se transformara de inmediato en una letanía.

—Reconstruir la ciudad, reconstruir la ciudad, reconstruir la ciudad...

Néstor aguardó hasta que el rumor se extinguió y entonces señaló a la multitud y le ordenó:

—¡Liberad a los presos y salid a la calle! Sois un ejército. No necesitáis esconderos. Aunque cada uno de vosotros sea débil, juntos formáis una fuerza poderosa. Ningún salvaje se atreverá a haceros daño porque sois demasiados, así que abandonad las cloacas y salid al exterior, tomad las calles y proclamad la llegada de un nuevo mundo.

Algunos niños se levantaron.

—¡Vosotros sois el ejército de las cloacas! Nunca ha habido un ejército tan grande en esta ciudad. Sois miles de niños y nadie se atreverá a haceros daño. Pero os falta lo más importante: la cultura. Tenéis que aprender a defenderos, a reconstruir, a evolucionar. Si aprendéis esas cosas, y teniendo en cuenta vuestro número, seréis los nuevos dueños de Barcelona.

Ahora los chiquillos rodeaban a Néstor como si fuera un profeta.

—¡Quédate con nosotros! —le pedían—. Enséñanos a construir un nuevo mundo, dinos qué tenemos que hacer, explícanos las cosas que no sabemos.

Y él les ordenó entonces:

—¡Salid a la calle y buscad a los adolescentes que se esconden en los pisos! Rescatadlos y traedlos a vuestro mundo. Ellos os enseñarán a leer, a cocinar, a cazar... Os ayudarán a crecer y, juntos, seréis invencibles.

Pocos minutos después, las bocas de las alcantarillas se abrieron en todo el barrio y cientos, miles de niños afloraron como topos abandonando sus madrigueras.

Mientras tanto, bajo el suelo, Néstor se acercó a León y, cuando lo desataba, preguntó:

—¿Cómo está tu pierna?

—Me duele mucho.

—Tendrás que hacer un esfuerzo. Agárrate a mí y empieza a caminar. Debemos salir de aquí.

—De acuerdo.

Cuando salieron al exterior, la muchedumbre los aclamó. Había tantos niños que no se veían los adoquines de la plaza de Catalunya y solo guardaron silencio cuando su líder se acercó a Néstor y le planteó:

—¿Te quedarás con nosotros?

—No puedo. Debo continuar mi camino.

—¡Quédate, quédate, quédate! —rugió el ejército.

—Lo siento, pero he de seguir adelante. Pero, no os preocupéis, la ciudad está llena de adolescentes que se unirán a vosotros sin dudar.

—Te queremos a ti —dijo entonces el niño de blanco—. No sabemos por dónde empezar. Necesitamos que nos ayudes.

En ese momento, Rey Muerte asomó por una de las alcantarillas y, tirando al suelo el cráneo de perro que había adornado su cabeza hasta ese momento, soltó:

—Yo os enseñaré todo lo que necesitáis saber.

—¿Tú? —repuso Néstor.

—Sí, yo les enseñaré a defenderse. Haré de ellos auténticos guerreros. Guerreros que lucharán por la libertad de los supervivientes, no por su exterminio.

Los dos viajeros no daban crédito.

—Pero...

—Sé que me veis como un hombre malo. Pero ya me quedan pocos meses de vida y no quiero morir sin hacer algo bueno. Necesito dejar un buen recuerdo en este mundo, y estos niños son mi oportunidad.

—¿Y ya no quieres beber la sangre de Lobo? —le interrogó León.

Rey Muerte lo miró a los ojos y, torciendo el gesto, dijo:

—Tú y yo nos hemos enfrentado en innumerables ocasiones, así que confío en que me consideres un rival digno. ¿Es así?

—Así es.

—En tal caso, ¿crees que soy tan tonto como para tragarme el cuento de la sangre de los bebés?

—Pero tú dijiste...

—No, yo nunca dije nada sobre la sangre. Lo dijisteis vosotros y supusisteis que esos eran mis motivos para querer quedarme con Lobo. Pero os equivocabais. Jamás creí esa patraña de la sangre pura como antídoto contra el virus. En realidad, quería a Lobo para llevármelo lejos de Barcelona, a un lugar seguro, a un sitio donde pasar con él mis últimos meses de vida.

—¿Y qué hubiera sido de él cuando tú hubieses muerto?

—Mi intención era buscar una comunidad pacífica y pedir a sus miembros que se lo quedaran. Estoy seguro de que allá afuera, en las montañas, hay grupos de gente que viven en comunión y armonía.

—Pero ya estábamos nosotros para cuidar de Lobo.

En ese punto, Rey Muerte se rascó la cabeza y añadió:

—La verdad, jamás creí que fuerais capaces de terminar el viaje que habíais emprendido. Pensé que las tribus de los otros barrios os matarían y decidí robaros a Lobo antes de que muriera por culpa de vuestra incompetencia. No obstante, después de todo lo que he visto, ahora estoy convencido de que vosotros cuidaréis de él mucho mejor de lo que yo mismo lo habría hecho.

A continuación Rey Muerte ofreció su mano a los dos chicos y les dijo:

—Espero que algún día podáis perdonarme. He cometido muchos errores desde la llegada del Silencio. He hecho daño a mucha gente. He privado de alimento a los supervivientes. He matado con mis propias manos. Pero tal vez esté a tiempo de arreglar las cosas.

Tras escuchar aquellas palabras, tanto León como Néstor estrecharon su mano y, tan pronto como lo hubieron hecho, se dieron la vuelta y caminaron hacia Astrea, que los esperaba en la plaza. Rápidamente, los habitantes de las cloacas rodearon a Rey Muerte, lo abrazaron y lo acompañaron hasta la boca de una alcantarilla. Y, justo antes de que su cabeza desapareciera en las profundidades, el chico llamó a León, a Néstor y a Astrea, y les confesó:

—Por cierto... mi auténtico nombre es Andreu.

PARTE/3



13

León usaba una rama bifurcada a modo de muleta. Su pierna había empezado a infectarse y el dolor resultaba tan insoportable que ya ni siquiera podía apoyar el pie. Además, sudaba copiosamente y, aunque él aseguraba que se debía al esfuerzo realizado al caminar, saltaba a la vista que padecía un acceso de fiebre.

—Tenemos que parar y curar esa herida —dijo Astrea en cierto momento.

—Estoy bien.

—No, no estás bien. Tienes que descansar.

—¡He dicho que estoy bien!

Continuaron andando porque el Solitario se negaba a reconocer la gravedad de sus fracturas, pero, cuando unos minutos después tropezó con un bordillo y cayó de bruces contra el suelo, aceptó la realidad y permitió que ellos tomaran la iniciativa.

—Entraremos en ese edificio —propuso Néstor señalando un bloque de viviendas—. Pasaremos allí la noche.

Todos los apartamentos estaban vacíos y eligieron uno con vistas a la calle. León se echó en el sofá, se quedó dormido enseguida y en apenas media hora empezó a agitarse en sueños. Argos se acercó a su cama alertado por sus sacudidas, pero, tan pronto como le olisqueó la pierna, se alejó arrugando el hocico.

—Se le está gangrenando —comentó Néstor tras inspeccionar las heridas de su amigo.

—¿Qué significa eso? —preguntó ella.

—Que morirá si no se la cortamos.

Astrea mojó un trapo y lo puso sobre la frente del enfermo con mucho cuidado.

—¿No hay otro remedio?

—No.

—Y, ¿sabrás hacerlo?

—No lo sé. He leído sobre el tema en algunos libros, pero no es suficiente. Necesitamos un médico.

—Ya no hay médicos.

—Lo sé.

León se revolvió en la cama. La fiebre iba en aumento y sus pesadillas se habían convertido en delirio.

—No podemos dejarlo así.

Entonces Astrea se dio la vuelta, se adentró en el pasillo de la casa y, tras rebuscar en todas las habitaciones, regresó con una sierra oxidada. La desinfectó con alcohol en el fregadero y después se la ofreció a Néstor.

—Hazlo.

—Tal vez muera durante la intervención.

—Moriría de todos modos.

El chico cogió la herramienta y apoyó sus dientes sobre el muslo de León. Las manos le temblaban, pero parecía decidido a hacerlo. Ella lo miraba desde el quicio de la puerta y, antes de que empezara a cortar, pensó que el viaje había transformado a Néstor. Al principio era un superviviente tan asustado que se negaba a salir de casa, pero ahora, tras haberse enfrentado a los peligros que los habían acechado durante su huida, se había convertido en un valiente que incluso se atrevía a amputar la pierna de un ser querido.

—Néstor...

—¿Qué?

—Confío en ti.

Él la miró y sonrió. A continuación cogió aire y, sin pensarlo dos veces, empezó a serrar la extremidad. Sin embargo, apenas había desgarrado un centímetro de carne cuando León despertó, miró la sierra y, poniendo los ojos en blanco, lanzó un grito. Rápidamente, Astrea le colocó un palo entre los dientes, le obligó a morderlo y le sujetó la cabeza. Aun así, tuvo tiempo de clavar su mirada en el rostro de Néstor y balbucir:

—¡Tú!

Después se desmayó.

Tardó tres días en despertar y, cuando al fin lo hizo, entrevió a sus amigos sentados a la mesa, con una baraja de cartas entre las manos y bebiendo agua en silencio. El primero en acercarse fue Argos, que caminó hasta el enfermo, le lamió la cara y se sentó a su lado.

—Mmmmmm —jadeó León.

Astrea se levantó de inmediato, le cogió la mano y le preguntó qué tal estaba.

—Bien —respondió—. ¿Qué hora es?

—Te has pasado tres días durmiendo.

León trató de incorporarse al escuchar aquello, pero se sintió mareado y se recostó de nuevo.

—¿Tres días? ¡Qué locura!

—Sí, la pierna se había gangrenado.

—Bueno, con todo lo que he dormido, ya se habrá curado.

Astrea y Néstor se miraron. Era evidente que su amigo no recordaba lo sucedido.

—Sigue durmiendo, León. Todavía tienes que recuperar fuerzas. ¿Quieres comer algo?

—No, no tengo hambre. Pero me pica mucho la pierna.

Ella le rascó la pantorrilla izquierda mientras preguntaba:

—¿Aquí?

—No, esa pierna no. La otra.

Néstor había leído sobre los «miembros fantasmas», es decir, sobre la sensación que experimentan quienes, después de haber sufrido una amputación, siguen notando la extremidad cercenada. De algún modo, el cerebro se niega a aceptar la desaparición de esa parte del cuerpo y continúa percibiendo su existencia de un modo ilusorio.

Harto de aquella incomodidad, León trató de rascarse la pierna por sí mismo y Néstor se lo impidió agarrándole la muñeca.

—Estate quieto. Todavía está infectada y es mejor no tocarla.

—¡Me pica mucho!

—Lo sé. Pero has de contenerte. Vuelve a dormir y no te preocupes por nada.

Cerró los ojos de nuevo y los volvió a abrir en mitad de la noche. Argos se había echado a los pies de la cama y León se extrañó de no notar su peso sobre la pierna derecha. Así que levantó la manta para observar al animal y, cuando se dio cuenta de que le faltaba esa extremidad, lanzó un grito que hizo que el perro pegara un brinco.

—¡¿Dónde está, dónde está, dónde está?!

Sus amigos se levantaron y corrieron a su lado.

—Tranquilo, tranquilo.

—¡¿Dónde está mi pierna?!

Astrea se tapó la cara con las manos, así que Néstor miró fríamente a León y, sin ocultarle ni un segundo más la verdad, le dijo:

—Te la hemos amputado.

—¡¿Amputado?! ¡¿Cómo que amputado?!

—Estaba infectada. Habrías muerto.

—¡Devuélveme la pierna!

León quiso incorporarse sin valorar que, con un solo punto de apoyo, perdería el equilibrio, y eso fue lo que ocurrió. Porque tan pronto como puso el pie izquierdo en el suelo y trató de levantarse se fue hacia un lado y cayó sobre la moqueta.

Intentó levantarse de nuevo, pero también fracasó en esa ocasión. Entonces, sin poder contener su rabia, rompió a llorar como un niño pequeño.

Cuando al fin se calmó, se arrastró hasta la cocina, se apoyó en una silla y abrió uno de los cajones. Sacó un cuchillo afilado y, sin decir ni media palabra, lo colocó sobre las venas de su muñeca. Rápidamente, Néstor y Astrea se lo quitaron de las manos.

—¡Dejadme! —gritó León—. Quiero morir, quiero morir...

—No es tan grave.

—¿Que no es tan grave?! ¡Me habéis amputado la pierna!

—Pues tendrás que acostumbrarte a vivir sin ella. Cosas más difíciles has hecho y siempre has salido adelante.

—¿Y cómo voy a retomar el viaje? ¡No puedo andar!

—Buscaremos una prótesis. Había muchas antes de la llegada del Silencio. Seguro que en algún sitio...

—¡No quiero una prótesis! ¡No quiero una muleta! ¡No quiero ser un estorbo!

—No serás un estorbo. Iremos más lentos. Ahora no tenemos ninguna prisa. Rey Muerte dijo que había hecho un pacto con los salvajes de las otras tribus, así que ya no hay nadie que nos persiga. Disponemos de todo el tiempo del mundo.

León se tocaba el muñón de la pierna mientras soltaba lágrimas amargas y Astrea contemplaba a su amigo pensando que nunca volvería a ser el chico que se enfrentaba al peligro sin temer a la muerte.

—¡Os odio! —exclamó el Solitario y les lanzó una mirada llena de rabia—. ¡Os odio y os maldigo! Sí, os maldigo a los dos. Maldigo el día en que os conocí, maldigo el día en que decidí ayudaros, maldigo el día en que me cortasteis la pierna. Mi muerte caerá sobre vuestras conciencias como una losa y...

—¡No vas a morir! —soltó, tajante, Néstor—. Nosotros cuidaremos de ti, igual que tú cuidaste de nosotros cuando te necesitamos.

León soltó una carcajada:

—¡Ja! No me hagas reír. ¿Te crees que ahora eres el hombrecito del grupo? —preguntó no sin crueldad—. Pues te equivocas. Tú eres una rata de biblioteca y no tienes valor para nada. Yo soy el único hombre que ha habido y habrá en este grupo, ¿entiendes? Yo soy el valiente y tú, el cobarde. Y eso no cambiará aunque tenga la pierna cortada.

—Lo que tú digas.

—¡No me des la razón como a los locos! Sin mí, estaréis muertos en menos de un día. Tarde o temprano, los otros salvajes nos atacarán y no podré hacerles frente. ¡Moriremos! ¡Moriremos degollados como perros sarnosos! Y todo será por vuestra culpa. Por vuestro deseo de cuidar de ese maldito niño.

—Teníamos que hacerlo —intervino Astrea.

—Sí, pero he sido yo el que ha pagado las consecuencias.

León guardó silencio durante unos segundos y, aunque pareció que se calmaba, volvió a la carga todavía con más ímpetu:

—¡No quiero saber nada de vosotros! ¡No quiero volver a veros! Marchaos y dejadme aquí.

—No te abandonaremos.

—No tendréis más remedio, porque no pienso moverme. Mi viaje ha terminado.

—Tú vendrás con nosotros, te guste o no.

—¡No!

—Oh, claro que vendrás —dijo Néstor—. ¿Crees que vamos a darte la espalda? Te equivocas. Nosotros no traicionamos a nuestros amigos.

—Yo os habría abandonado.

—No lo creo —replicó Astrea.

—Pues créelo. Os habría abandonado y habría matado a ese bebé sin dudarlo.

Y entonces Néstor se puso delante de León y sentenció:

—Me das pena.

—Si te hubieran cortado la pierna, también tú darías pena —repuso el otro.

—No me das pena por tu pierna. Me das pena por tu actitud.

—Déjame en paz.

—Cuando empezamos este viaje, te admiraba. Tú tenías todo lo que yo deseaba: valentía, fuerza, agilidad... Pero ahora, ante la primera adversidad, te derrumbas como un cobarde.

—Cállate.

—Te hemos cortado la pierna, de acuerdo, pero sigues siendo el mismo León de antes.

—No, ahora no sirvo para nada.

14

Néstor se había encaramado a la azotea y oteaba el horizonte con la mano colocada a modo de visera. El viento golpeaba su rostro, el sol doraba su cuerpo, una gaviota volaba en círculos sobre su cabeza... Ante sus ojos, Barcelona.

Tenía la ciudad a sus pies. O al menos eso le parecía a Astrea, que lo observaba desde la distancia pensando que ahora era él quien encarnaba la fuerza física. Y es que, tras la caída en desgracia de León, Néstor tendría que asumir la responsabilidad de proteger al grupo y, en especial, al recién nacido. Unos días atrás, cuando iniciaron el viaje, había prometido que enseñaría a leer, a escribir y a pensar a Lobo, pero, a partir de ese momento, también se vería obligado, en caso de ser necesario, a arriesgar su vida para defender al bebé de cualquier peligro.

—No es tan valiente como parece —masculló León mientras practicaba con la muleta que habían encontrado en el almacén de una farmacia.

—Sí, sí que lo es.

—Yo lo era mucho más.

Astrea esperaba ese comentario.

—Y sigues siéndolo.

—Pero ahora soy un valiente sin pierna.

—¿Acaso tenías la valentía en la pierna?

León la miró de reojo justo cuando ella levantaba la barbilla hacia la gaviota. La observó durante unos segundos y después se acercó al Solitario, le puso el bebé en las manos y comentó:

—Lobo también es tu hijo. Es un niño con dos padres y una madre. No lo olvides.

León contempló el rostro del recién nacido, que en ese momento bostezaba y estiraba los bracitos, y ya se disponía a responder cuando Néstor se unió al grupo y anunció:

—No hay salvajes a la vista.

Después miró a su amigo y añadió:

—Convendría que nos dijeras dónde está el castillo. Estuviste a punto de morir a manos de los niños de las cloacas y después trataste de suicidarte. La verdad es que no podemos arriesgarnos a que la información desaparezca contigo. Tenemos que saber hacia dónde nos dirigimos.

—Os lo diré cuando lleguemos.

—Pero...

—No hay peros que valgan. Sigo siendo el guía de esta expedición.

Astrea y Néstor se miraron. La actitud de su amigo era imprudente, pero entendían el motivo por el que se comportaba de aquel modo: retener la información hacía que aún se sintiera útil.

—Si no vas a revelarnos cuál es nuestro destino, tendremos que pedirte una cosa: mantente con vida.

Continuaron su camino ascendiendo por el paseo de Sant Joan. León se esforzaba por no retrasar al grupo, pero resultaba evidente que le costaba seguir el ritmo. Así que, tras andar durante algo más de una hora, decidieron parar a descansar un poco.

Entraron en un edificio. Néstor y Astrea subieron a la azotea mientras León y Argos reposaban en la portería.

—¿Crees que lo conseguiremos? —le preguntó ella cuando estuvieron solos.

—Hemos llegado muy lejos. Ahora nadie puede pararnos.

—A veces pienso que sería mejor abandonar la ciudad. Salir al campo, buscar un pueblo abandonado, fundar nuestra propia comunidad...

—El niño estará mejor en un lugar donde haya gente que cuide de él cuando nosotros hayamos muerto. Además, Lobo necesita un sitio donde la comida no sea un problema y donde haya otros niños con los que pueda relacionarse.

—Supongo que tienes razón.

—En cualquier caso, si no nos gusta la vida en el castillo, siempre podemos marcharnos.

—¿A vivir solos?

—A vivir solos.

Astrea se acercó a su amigo y lo abrazó por la espalda, estrujando a Lobo entre sus cuerpos. Se mantuvieron así durante un rato: él contemplando la ciudad, ella apoyando la mejilla en su hombro, el bebé emitiendo unos sonidos guturales que se asemejaban a la risa.

—¿Es que nunca vas a besarme? —preguntó ella al fin.

Néstor se dio la vuelta y se puso frente a la chica. Estaba hermosa. Pese a la suciedad que cubría su rostro, pese al cansancio que denotaban sus facciones, pese al miedo que todavía podía percibirse en sus ojos azules, rebosaba belleza.

Juntaron sus labios y una suave brisa acarició sus nuca. Después, contemplaron juntos el horizonte de tejados que se desplegaba ante ellos.

—¿Recuerdas el vaticinio que nos hizo el Profeta? —preguntó Néstor.

—No pienses en eso.

—Nos anunció la muerte de uno de nosotros.

—Estaba loco.

—Creo que seré yo.

—No digas tonterías. Tú no morirás.

—Solo quiero que sepas que, si soy yo, me marcharé sabiendo que mi vida ha tenido sentido. Porque te he conocido a ti. Si tú no hubieras aparecido, nada de todo esto habría ocurrido. Yo seguiría encerrado en mi piso, León continuaría siendo un egoísta y Lobo habría muerto junto al cadáver de su madre. Tú has cambiado nuestros destinos y nunca podré agradecértelo lo suficiente.

Regresaron junto a León al cabo de un rato y reemprendieron el camino hasta alcanzar un garaje próximo a la Casa de les Punxes. Se instalaron en el sótano más profundo, tres niveles por debajo del nivel del suelo, y Néstor se ofreció para hacer la primera guardia.

Estaba convencido de que nadie los encontraría en aquel subterráneo. Pero se equivocaba. Porque, entrada ya la madrugada, tres chicos ataviados con túnicas negras y cubiertos con capuchas accedieron a la planta provistos de antorchas.

Néstor se levantó amenazante ante los intrusos y estos, lejos de ponerse a la defensiva, permanecieron quietos, con los rostros ocultos, sin desenvainar las espadas. No temían al muchacho y tampoco a su perro. De hecho, después de alzar el hocico y olisquear el aire, Argos se acercó lentamente hasta los recién llegados y, en vez de atacarlos, se sentó a los pies del más alto y se quedó allí como si aquellas personas fueran sus auténticas dueñas.

—Venimos en son de paz —dijo el del medio.

—¿Quiénes sois?

—Queremos ver al niño.

—¿Qué niño? —preguntó Astrea mientras trataba de esconder a Lobo bajo las mantas.

—No hace falta que lo ocultes —repuso el de la izquierda—. Sabemos que viajáis con un bebé.

—¿Cómo lo sabéis? —replicó León al tiempo que se apoyaba en la pared y, haciendo un gran esfuerzo, se levantaba.

—Todo el mundo lo sabe. Toda la ciudad habla del viaje que habéis emprendido. Habéis dado esperanzas a mucha gente y ya corren leyendas sobre los tres viajeros que protegen al primer niño nacido con vida tras la llegada del Silencio.

Esos chicos no parecían peligrosos, así que Astrea se incorporó, avanzó con cautela y, descubriendo la cabecita de Lobo, les mostró al recién nacido. Automáticamente, los tres desconocidos se bajaron las capuchas, revelando de ese modo sus rostros albinos, y se arrodillaron.

—¡Son como el Profeta! —exclamó León.

—Antes éramos cuatro —explicó uno de ellos—. Pero ahora somos tres. Sabemos cómo murió nuestro compañero porque nosotros también estábamos en la estación de Sants cuando Rey Muerte lo atacó.

—¿Y no le ayudasteis?

—Cada uno de nosotros sabe cuándo tiene que morir. Es inútil oponerse a eso.

—¿Y tampoco nos ayudasteis a nosotros cuando los salvajes nos atacaron en el parque de bomberos?

—Os mandamos a este perro. Sabíamos que él os protegería.

—¿Sois los dueños de Argos?

—Nosotros no somos los dueños de nadie. Simplemente rogamos al perro que os ayudara y él aceptó nuestra petición libremente.

—Pero no hemos venido a hablar del Cuarto Profeta ni tampoco del perro —continuó otro de los albinos—, sino a anunciaros que, a partir de ahora, seremos nosotros quienes os protejan.

—No necesitamos compañía —respondió León orgulloso.

—Lo sabemos. Habéis hecho un largo camino y habéis sobrevivido a toda clase de peligros. Pero, a partir de ahora, las cosas se complicarán mucho. Os ayudaremos a alcanzar vuestro destino sanos y salvos.

—Sabemos adónde os dirigís —añadió otro profeta— y, creednos, necesitaréis nuestra ayuda. Hay cientos de salvajes tratando de asaltar el castillo.

—¿Cómo sabéis adónde vamos?

—Nosotros sabemos muchas cosas. Pero eso ahora no importa...

—¿Por qué hacéis esto? —preguntó entonces Astrea.

Y uno de los albinos la miró fijamente y contestó:

—Hemos jurado proteger a todas las criaturas nacidas después de la llegada del Silencio. Esos bebés son importantes para el nuevo mundo que se está construyendo. Ellos transformarán la realidad.

—La Era del Caos no se prolongará eternamente —añadió el albino de su derecha—. Cuando este bebé...

—Lobo —le interrumpió Néstor—, se llama Lobo.

—Lobo, entonces. Lobo es el primer niño nacido con vida tras la llegada del Silencio y, cuando crezca, será llamado a salvarnos a todos. Él traerá la paz y los salvajes reconocerán su poder.

—¿Cómo sabéis todo eso?

—Lo hemos soñado.

—Malditos locos —masculló León.

—Tal vez seamos locos para ti. Pero somos unos locos inofensivos. Solo queremos asegurar vuestra supervivencia.

—¿Acaso creéis que no podemos defendernos solos? —preguntó el Solitario mientras desenfundaba sus puñales—. Puedo hacer más daño con una sola pierna que vosotros con vuestras largas espadas.

—No lo dudamos. Toda la ciudad conoce tu valentía, y nosotros te respetamos. Lejos de nuestra intención está ofenderte. Solo decimos que, en el último tramo de vuestro viaje, necesitaréis ayuda para enfrentaros a los peligros que os acecharán. Dejadnos ayudaros. Os lo suplicamos.

15

La Sagrada Familia se alzaba majestuosa tras los edificios. Pero algo había cambiado en su fisonomía. Los rosetones habían sido cubiertos con planchas de acero, las columnas inclinadas de los portales habían sido unidas por alambre de espino y los ventanales de los campanarios habían sido convertidos en troneras por las que asomaban las armas de los nuevos inquilinos.

—Ahí tenéis Nueva Barcelona —había anunciado León tan pronto como doblaron una esquina y divisaron el templo expiatorio.

—¿Es ese el castillo?

—Sí, la Sagrada Familia es el castillo. ¿Acaso no lo parece?

Astrea y Néstor miraron de nuevo hacia el monumental edificio y, por primera vez, vieron en sus formas la estructura de una fortaleza.

—Ahí dentro se está formando una nueva comunidad —continuó León—. Los salvajes de este barrio tratan de asaltarla constantemente, pero los supervivientes de su interior la defienden con uñas y dientes. Por el momento, es el lugar más seguro de la ciudad.

La Sagrada Familia se había convertido en la esperanza de toda Barcelona, en el germen de un nuevo mundo, en la simiente de una civilización que viviría en la armonía. Pero no sería fácil acceder a su interior. En la explanada que se extendía frente a la construcción se alzaba un auténtico ejército de salvajes que la asediaba sin descanso. Debían de ser unos quinientos veinteañeros que habían construido catapultas y disparaban bolas de fuego contra el edificio. Al mismo tiempo, pequeños grupos de invasores atacaban los flancos del templo, cuyos habitantes repelían el asalto vertiendo aceite hirviendo, lanzando piedras desde las alturas y disparando flechas o balas desde los ventanales.

De algún modo, era una batalla de la Edad Media en pleno siglo XXI.

—Nunca conseguiremos cruzar la plaza —se lamentó Astrea.

Entonces uno de los profetas la miró y, sin alterar el tono de voz, respondió:

—Nadie dijo que sería fácil.

León contemplaba la batalla y, casi inconscientemente, se acariciaba el muñón de la pierna. En otras circunstancias, se habría lanzado contra aquellos salvajes sin pensarlo dos veces y se habría

burlado de ellos sin que ninguno fuera capaz de impedirlo. Pero ahora, impedido como estaba, no podía siquiera arriesgarse a que lo vieran.

—Tal vez deberíamos renunciar —sugirió de pronto.

Astrea y Néstor dudaron unos segundos, pero al fin se rindieron a la evidencia.

—León tiene razón —confirmó la chica—. Es imposible entrar en la Sagrada Familia. Será mejor que optemos por abandonar la ciudad y buscar un pueblo en el que instalarnos.

—Vosotros, ¿qué opináis? —preguntó Néstor dirigiéndose a los albinos.

—Nosotros acataremos lo que decidáis —dijo uno de ellos—. Hemos venido para proteger a Lobo y nada nos preocupa más que su salvación. Decid lo que queréis hacer y os seguiremos.

—Os agradecemos vuestra disposición a ayudarnos, pero también nos gustaría que nos dierais vuestra opinión sobre el mejor modo de actuar.

Los tres profetas cerraron los ojos a la vez y, tras unos segundos de meditación, el más alto dijo:

—Opinamos que deberíais tratar de acceder a la Sagrada Familia. Han pasado seis meses desde la llegada del Silencio y ahora hay más mujeres embarazadas. Muchas de ellas viven en Nueva Barcelona: unas ya estaban aquí cuando quedaron preñadas y otras fueron traídas por nosotros. Pero hay una diferencia entre ellas y vosotros, y es que Lobo es el único niño concebido antes de la llegada del Silencio. De alguna forma, es el puente entre el mundo antiguo y el mundo nuevo.

—¿Qué importancia tiene eso? Es solo un niño, igual que los demás.

—Cierto. Pero nosotros hemos soñado que este bebé traerá la paz y nuestros sueños nunca mienten.

—En Nueva Barcelona hay mucha gente esperando vuestra llegada —continuó diciendo otro de los profetas— y os puedo asegurar que, cuando sepan que estáis aquí, saldrán a ayudaros. Abrirán un camino entre el ejército enemigo, como cuenta la Biblia que se abrió el mar Rojo ante el pueblo elegido. Ya lo veréis.

Néstor escuchaba aquel discurso mientras observaba el modo en que una catapulta proyectaba un bloque de hormigón contra el templo. El impacto destrozó uno de los campanarios y provocó la caída al vacío de algunos supervivientes. Pero enseguida aparecieron otros que ocuparon las posiciones de los derribados y que se pusieron a defender el castillo. Entre ellos, destacaba una chica embarazada que, pese a su estado, cogió una ballesta y disparó contra el enemigo. Aquella imagen impactó a Néstor, que por fin entendió que allí dentro había gente que luchaba por la libertad, por el orden social, por el fin de la opresión.

—¡Hagámoslo! —exclamó entonces—. Entremos en Nueva Barcelona y contribuyamos a la creación de un mundo mejor.

—¿Estás seguro? —preguntó Astrea.

—Si ahora abandonamos la ciudad y nos instalamos en el campo, viviremos por siempre jamás con la angustia de no haber ayudado a quienes nos necesitaban. No sé vosotros, pero yo no soportaría pasar el resto de mis días pensando que fui un cobarde.

Aquella noche acamparon en la azotea de un edificio. Uno de los profetas se marchó para

inspeccionar el terreno y los otros se quedaron haciendo guardia. Se les podía ver de pie sobre los repechos, mirando hacia Nueva Barcelona, con la luna sobre sus cabezas. En cierto momento, Néstor se acercó a uno de ellos y, mientras estudiaba el campo de batalla, le preguntó:

—¿De dónde habéis sacado vuestra capacidad para tener premoniciones?

—No lo sabemos. Empezó a ocurrir después de la llegada del Silencio. Para nosotros fue una liberación. Antes, como albinos, vivíamos siempre sometidos al escrutinio de la gente. Todo el mundo nos miraba extrañado, como si fuéramos bichos raros. Pero después, cuando adquirimos nuestros poderes, nos dimos cuenta de que nosotros éramos especiales. La llegada del Silencio nos permitió sacar a relucir nuestro potencial y eso nos convirtió en seres maravillosos.

—¿Cómo?

—No puedo responder a eso. Lo desconocemos. Tal vez el virus nos hizo diferentes.

—Pero ¿también morís al alcanzar los veintidós años?

—Sí. En ese aspecto, somos igual que los demás.

—¿Y siempre acertáis con vuestras premoniciones?

El encapuchado respiró hondo y, cruzando los brazos sobre el pecho, respondió:

—Hazme la pregunta directamente.

Néstor se sintió incómodo ante aquella interpelación, pero comprendió que había llegado el momento de sincerarse:

—Vuestro compañero, el que falleció en la estación de Sants, nos dijo que uno de nosotros moriría...

El albino miró a Néstor fijamente. Sus ojos claros parecían dos lunas colgadas en la noche.

—Es cierto.

—¿Quién?

—No puedo decírtelo. Nunca revelamos detalles sobre los temas que tengan que ver con la muerte. Es una norma que nos impusimos cuando descubrimos nuestro poder.

Néstor sintió rabia, pero aquel chico hablaba con tanta sinceridad que resultaba imposible disuadirlo.

—Júrame que la protegerás —dijo entonces.

—Te refieres a Astrea, ¿verdad?

—Sí, júrame que, pase lo que pase, la protegerás con tu vida.

—Yo debo proteger a Lobo. Esa es mi misión.

—Pero Astrea carga con Lobo.

—En tal caso, estoy obligado a proteger a Astrea.

León fue el primero en despertar a la mañana siguiente y, al abrir los ojos, descubrió a uno de los profetas haciendo señales desde una esquina de la azotea. Se incorporó con dificultad, cogió la muleta y avanzó hasta la barandilla, desde donde pudo ver claramente a un ejército de niños acercándose al edificio. Delante de todos ellos, caminaba un chico con un enorme tatuaje en el pecho.

—¡Es Rey Muerte! —gritó.

—Maldito traidor —comentó Néstor tan pronto como se asomó—. Nos mintió. Dijo que se quedaría con los niños del subsuelo y en realidad nos ha estado siguiendo.

Pero entonces el albino miró a los dos chicos y les aconsejó:

—No os precipitéis en vuestras conclusiones.

Después caminó hacia la puerta de la azotea y, antes de iniciar el descenso, les instó a que lo siguieran:

—Venid conmigo.

Astrea, Néstor y León salieron a la calle y se dirigieron al encuentro de Rey Muerte. Y ya quedaba poco para que lo alcanzaran cuando divisaron, a su lado, al profeta que la noche anterior se había marchado supuestamente para inspeccionar el terreno. A sus espaldas, más de un millar de niños avanzaban en silencio.

—¡He venido a ayudaros! —anunció Rey Muerte cuando hubo llegado junto a sus antiguos enemigos.

—¿Cómo?!

—Este chico vino a visitarnos anoche —agregó señalando al profeta— y nos pidió nuestra ayuda. Dijo que os disponíais a librar una gran batalla y de inmediato me ofrecí voluntario para tomar partido. A fin de cuentas, sigo siendo el mejor guerrero de esta ciudad.

Y antes de que los otros pudieran replicarle, Rey Muerte se volvió, miró a los niños y gritó:

—¡Decidme, chavales, ¿para qué hemos venido?!

—¡Para salvar a Lobo! ¡Para salvar a Lobo! ¡Para salvar a Lobo! —respondieron todos al alimón.

—¿Y qué vamos a hacer con los salvajes!

—¡Vencerles, vencerles, vencerles!

—Porque ¿quiénes somos?

—¡Los niños del futuro! ¡Los niños del futuro! ¡Los niños del futuro!

Y todavía estaban lanzando sus proclamas cuando, por una calle perpendicular, apareció otra multitud que se acercó sigilosamente: eran las Amazonas del Raval, que venían extrañamente acompañadas por un grupo de hombres con el cuerpo pintado de negro. León los reconoció enseguida: eran los Rebeldes de Gràcia, famosos por haber expulsado a los salvajes de su barrio mediante rápidas y crueles escabechinas. Actuaban siempre juntos, como si formaran un único cuerpo, y atacaban de un modo tan contundente que nadie se atrevía a hacerles frente.

—Veo que os habéis unido a un ejército de varones —comentó Astrea tras acercarse a aquella amazona embarazada que había conocido unos días antes.

—Bueno, eran circunstancias especiales... —contestó antes de bajar el tono de voz y susurrar a su amiga—: Aunque hay que reconocer que son la mar de simpáticos.

—Y fuertes.

—Sí, muy fuertes.

Las dos chicas rieron entre dientes y se dieron un abrazo.

Y así estaban cuando Néstor dio un salto sobre el capó de un coche, se encaró al ejército formado por aquellas tres tribus urbanas y, alzando los brazos, chilló:

—¡Ha llegado la hora de terminar con la Era del Caos!

Los niños del subsuelo, las Amazonas del Raval y los Rebeldes de Gràcia estallaron en gritos y aplausos, y apenas un segundo después el primer grupo levantó las tapas de las alcantarillas y desapareció bajo el asfalto, mientras que el segundo subió las escaleras de los edificios y, saltando de una azotea a otra, tomó posiciones, y el tercero, el de los Rebeldes de Gràcia, se adentró como un bloque en una callejuela que desembocaba en uno de los laterales de la Sagrada Família. Por su parte, Astrea, León y Néstor avanzaron junto a los tres profetas hasta el principio de la explanada y, antes de que los salvajes pudieran verlos, lanzaron un grito de guerra que hizo que todas las palomas de la plaza alzaran el vuelo.

16

Los salvajes no esperaban un ataque de aquellas características. Si ya les disparaban flechas desde las torres de la Sagrada Familia, ahora se veían rodeados por un ejército de amazonas que les lanceaban desde las azoteas y por una horda de Rebeldes de Gràcia que pasaba como una apisonadora por uno de sus flancos, además de por unos niños del subsuelo que, tras levantar las tapas de las alcantarillas, hacían rápidas incursiones en distintos puntos del campo de batalla y desaparecían inmediatamente bajo tierra.

Con todo, los salvajes no se amedrentaron. A fin de cuentas, eran jóvenes sin esperanzas de futuro, hombres que habían hecho de la violencia su modo de vida, asesinos que no asediaban Nueva Barcelona para ocupar sus instalaciones, sino por el mero placer de destruir la paz de quienes vivían en ella. Y todo esto hacía que, al verse repentinamente atacados y oler la sangre que ya manchaba la plaza, se embravecieran todavía más. Si lo que les gustaba era la violencia, ahora la tenían a raudales. Y eso les hacía felices.

Pero las cosas se les complicaron cuando, de repente, se abrieron las puertas de la Sagrada Familia y las huestes de Nueva Barcelona se unieron a la batalla. Salieron en tropel y los atacaron frontalmente, mermando sus filas de un modo considerable. Los supervivientes acometían a los salvajes por cuatro flancos distintos y el líder de los veinteañeros observaba la línea del frente con los ojos inyectados en sangre. Se trataba de un guerrero musculoso que, a lo largo de los últimos meses, se había ido tatuando una estrella por cada inocente que había matado, hasta tal punto que tenía el cuerpo tan marcado que casi no se veía el color de su piel.

Néstor y los tres profetas también se habían lanzado al ataque, mientras que Astrea y León se habían quedado en la retaguardia protegiendo a Lobo. El Solitario observaba la batalla en silencio y se mordía la lengua de pura impotencia. No soportaba que su condición física le impidiera plantar cara a los salvajes. Astrea se sentía igual de incómoda de brazos cruzados. Entendía que alguien debía cuidar del recién nacido, pero ver como los supervivientes entregaban su vida por la libertad de los barceloneses la emocionaba tanto que, en cierto momento, miró a León y le dijo:

—Tenemos que participar.

—¿Y Lobo?

—Yo lo llevaré a cuestas —contestó mientras hacía un portabebés con un pañuelo y sujetaba al niño contra su pecho—. Avanzaremos juntos, Lobo, tú y yo, y alcanzaremos las puertas de Nueva Barcelona con las manos ensangrentadas. No permaneceremos quietos cuando los demás mueren. Dame uno de tus puñales. Tú llevarás uno y yo el otro.

León la vio tan convencida que, sin ser del todo consciente de la locura que se disponían a emprender, le entregó un cuchillo.

—Cuando Lobo sea mayor —continuó ella—, los niños del subsuelo repararán el olvido y le narrarán la tarde en que sus dos padres y su madre se enfrentaron a cientos de salvajes. Se lo contarán todo y él se alzarán ante los supervivientes y les incitará a abandonar la Sagrada Familia para reconquistar la ciudad más hermosa del mundo. Nuestra gesta se convertirá en leyenda y las nuevas generaciones nos tomarán como ejemplo para luchar por su libertad.

León sintió la fuerza de aquel discurso y se le puso la piel de gallina. Él estaba cojo y ella cargaba con un recién nacido, pero no por ello permanecerían ajenos a la batalla que se estaba librando.

—Empezamos juntos esta aventura y juntos la terminaremos —soltó León—. Vivos o muertos.

Y se lanzaron al ataque.

Al verlos adentrarse en el frente, los tres albinos, así como Néstor y Rey Muerte, se unieron a ellos de inmediato, y durante más de una hora, la Muerte cabalgó sobre Barcelona.

Los salvajes se enfrentaban a varios ejércitos que los atacaban por todos los flancos, pero contaban con ventaja numérica, amén de con la ferocidad de sus miembros. Disfrutaban matando y no tenían reparos a la hora de liquidar a las criaturas de seis, siete y ocho años que salían de las alcantarillas como si fueran topos. Pero los niños del subsuelo contaban con Rey Muerte, que, pese a la transformación sufrida en los últimos días, no dejaba de llevar a un salvaje dentro.

Efectivamente, Rey Muerte avanzaba entre las filas enemigas dejando un río de sangre a su paso. Había recuperado su bate de béisbol y asestaba golpes a diestro y siniestro. Acababa con sus enemigos con una crueldad pasmosa y, a medida que se acercaba a las puertas de Nueva Barcelona, abría un pasillo que León y Astrea aprovechaban para avanzar. Mientras tanto, desde el otro extremo del campo de batalla, los habitantes de la Sagrada Familia despejaban igualmente el camino, y entre uno y otros se iba formando aquella vía de acceso que los tres albinos habían profetizado apenas unas horas antes.

Pero el triunfo que el ejército de los rebeldes estaba cosechando se vio truncado cuando Rey Muerte, en su avance rectilíneo, topó con el líder de los salvajes de aquel barrio. El veinteañero le esperaba con una enorme maza entre las manos. Se había quitado la camiseta y, además de revelar sus tatuajes, mostraba una musculatura impresionante. En sus facciones podía detectarse la maldad, en especial en sus ojos, que miraban a su oponente con tanto odio que parecían a punto de lanzar una llamarada de fuego.

—Traidor —le espetó.

Rey Muerte no se sintió interpelado por aquella acusación y, en vez de tratar de rebatirla,

empuñó el bate de béisbol con las dos manos y, mostrando una sonrisa de dientes negros, respondió:

—¡Al fin un rival a mi altura!

El choque entre aquellos dos titanes hizo que, por un momento, el resto de los combatientes dejara de pelear y observara la escena. De alguna manera, todos eran conscientes de que aquel duelo marcaría el devenir del combate y que, si Rey Muerte vencía, la batalla se inclinaría a favor de los supervivientes. Pero también sabían que si era el otro quien asestaba un golpe mortal a su contrincante, los salvajes se alzarían victoriosos y Nueva Barcelona caería definitivamente.

El futuro de la ciudad se libraba en la plaza de la Sagrada Familia y el silencio se hizo tan patente que, por segundos, pudo oírse el traqueteo de los corazones de los niños que se agolpaban frente a la construcción.

El salvaje fue el primero en arremeter contra Rey Muerte, que lo esquivó dando una voltereta y contraatacó golpeando el tobillo de su enemigo. Los clavos que tachonaban el bate de béisbol desgarraron la carne del coloso y le hicieron tambalearse ligeramente. Sin embargo, aguantó el golpe sin caer al suelo y de inmediato asestó un mandoble que destrozó el hombro derecho de su oponente.

Aturdido por el envite, Rey Muerte cogió su bate con la izquierda y trató de estamparlo en la cabeza del salvaje, pero este se echó a un lado y, descargando el mazo contra su contrario, le rompió la clavícula izquierda, haciéndole soltar el arma. Ahora Rey Muerte estaba de rodillas. No podía mover los brazos, la muerte canturreaba su nombre, había llegado al final de su camino.

Pero no se marcharía llorando. No, él era Rey Muerte, uno de los guerreros más poderosos de Barcelona, un chico que había sido capaz de atemorizar a todo un barrio con solo una mirada. Así que no se iría mostrando debilidad, sino manifestando su orgullo por, al menos, haberse unido a una causa noble al final de su vida.

Por eso, cuando el otro ya alzaba el mazo, levantó la barbilla, recuperó su sonrisa y gritó:

—¡Yo soy Rey Muerte y mis amigos acabarán con todos vosotros!

Su adversario no pareció escucharlo. Se limitó a balancear el mazo como si fuera el péndulo de un reloj y, lanzándolo contra el moribundo, le aplastó la cabeza.

El salvaje alzó los brazos en señal de triunfo mientras sus lacayos lo jaleaban y, distraído como estaba con los vítores que recibía, no tuvo tiempo de reaccionar cuando Néstor, lleno de cólera, corrió hacia él, se impulsó con una pierna y, dando un salto que lo elevó más de un metro por encima del suelo, le clavó el machete en el pecho.

El coloso cayó al suelo como un edificio al derrumbarse y sus secuaces observaron la escena atónitos. Parecía que todo había terminado para su ejército, pero uno de ellos, probablemente la mano derecha del líder, los animó a retomar la lucha y todos se lanzaron contra los niños que, asombrados por la caída de Rey Muerte, no se habían resguardado en las cloacas.

Néstor trató de defenderlos lanzándose contra los salvajes y lo hizo con tanta rabia que parecía dispuesto a tiznar de rojo todas las calles de Barcelona. Los veinteañeros caían ante la hoja

afilada de su machete y el mismísimo León, observando a su amigo, dijo:

—Hete ahí a un auténtico guerrero.

—Sí, un hombre hecho y derecho —ratificó Astrea.

Pocos minutos después, Néstor y los habitantes de la Sagrada Familia se encontraron en medio del campo de batalla. Habían abierto un camino que conectaba los dos extremos de la plaza y, aunque los salvajes los atacaban por la izquierda y por la derecha, consiguieron contenerlos el tiempo suficiente para que Astrea, Lobo y León alcanzaran Nueva Barcelona.

Sin embargo, en el último momento, cuando les quedaban pocos metros para finalizar el recorrido, un grupo de veinteañeros consiguió romper la barrera y adentrarse en el pasillo. Corrieron hacia Astrea con sus armas en ristre y ya estaban a punto de darle alcance cuando Néstor tiró su machete, se colocó en medio del camino y abrió los brazos. Se estaba ofreciendo para que lo mataran. Y lo hacía porque quería que el vaticinio del Profeta se cumpliera a través de su persona y no de la de Astrea.

Si él moría, él se cerraría y ella seguiría viviendo. Era así de sencillo.

Pero el destino tenía otros planes para aquella pareja. Porque, al verlo en aquella actitud, Astrea corrió hacia Néstor y se interpuso entre una lanza y su amado. El filo rasgó primero el rostro de Lobo, dejándole una cicatriz desde la oreja hasta la boca, y después se introdujo en el corazón de la chica, que cayó al suelo.

Los profetas se precipitaron sobre ella y, levantando su cuerpo entre los tres, la introdujeron en la ciudad junto con Lobo. El resto de los guerreros también entraron en el recinto, y solo quedó Néstor en el campo de batalla. Ante él estaban los salvajes que habían herido a Astrea y que ahora, al verlo allí plantado, se mostraban aterrados. Ya habían sido testigos de la furia de aquel chico, pero no volverían a serlo nunca más, porque la rapidez con la que los despedazó fue tal que no les dio tiempo ni para darse cuenta de que estaban muriendo.

Néstor continuó rebanando pescuezos como si fueran barras de mantequilla. Estaba tan cegado por la ira que solo quería vengarse. Mataba salvajes de un modo desaforado y tuvo que ser León quien, desde la entrada de Nueva Barcelona, le gritara:

—¡Entra! Astrea sigue con vida y te está llamando.

Las puertas se cerraron tras un Néstor que dejó el campo de batalla sembrado de cadáveres. Solo había sobrevivido un puñado de salvajes, acaso una quinta parte de cuantos eran al principio, y no tardaron ni cinco minutos en disgregarse por las distintas calles que rodeaban la plaza.

Cuando Néstor se arrodilló frente a Astrea, ella seguía con la lanza clavada en el pecho. Habían tratado de arrancársela, pero al final desistieron por ser conscientes de que eso aceleraría su muerte.

—Estoy aquí, preciosa —le susurró él—. A tu lado.

—¿Cómo está Lobo?

El chico miró a su alrededor y descubrió al niño en brazos de uno de los albinos.

—Fuerte y sano. Tendrá una bonita cicatriz en la cara durante el resto de su vida. Pero, por lo demás, está bien. Tú lo has salvado, tú le has regalado un futuro, tú has devuelto la esperanza a esta ciudad.

—Lo hemos hecho los tres: León, tú y yo.

—Sí. Lo hemos salvado entre todos. Pero todo empezó gracias a ti. Tú nos diste la fuerza para emprender este viaje.

Astrea empezó a toser y un chorro de sangre brotó de su boca.

—Prométeme una cosa —dijo en un susurro—. Prométeme que cuidarás de Lobo, prométeme que nunca lo abandonarás, prométeme que le hablarás de mí.

—Te lo prometo.

Astrea se retorció y la lanza le desgarró un poco más el pecho. Y aun con eso tuvo fuerzas para abrir los ojos, mirar a Néstor y regalarle sus últimas palabras:

—Bésame.

17

El funeral se celebró al atardecer, cuando los rayos de sol impactaban contra el rosetón y esparcía sus colores por la nave central de la Sagrada Familia.

Los habitantes de Nueva Barcelona se habían congregado en torno al féretro de Astrea, y los tres profetas, vestidos de gala, custodiaban el cadáver con las antorchas encendidas.

A esas alturas, todo el mundo conocía la historia de aquella chica. La noche anterior, pese al cansancio imperante tras la batalla, los niños del subsuelo habían narrado sus aventuras ante un público expectante. Algunos escribanos transcribieron sus palabras al dictado y compusieron de ese modo lo que consideraron el primero libro de la Nueva Era.

La narración duró varias horas y, mientras los supervivientes escuchaban el relato, Néstor permanecía en el último piso de un campanario. Había pasado la noche contemplando la silueta de la ciudad y, cuanto más la miraba, más consciente era de que aún había muchos supervivientes que vivían bajo el yugo de los salvajes.

Pensó en ellos mientras el viento golpeaba su rostro. Cuando el sol despuntó, uno de los profetas fue a visitarlo.

—Sé lo que estás pensando —le dijo tan pronto como accedió al campanario—. Estás pensando en marcharte. Pero no deberías hacerlo: aquí serías muy útil. En Nueva Barcelona hacen falta profesores y tú eres un chico muy leído. Podrías transmitir tus conocimientos a todos esos niños.

Néstor mantuvo el silencio, así que el albino continuó hablando:

—Pero hay una cosa que necesitan con más urgencia: alguien que les sirva de ejemplo. Y tú eres la persona idónea. Te has convertido en un guerrero que, además, ha cultivado el intelecto. Serías un modelo perfecto para esos chiquillos.

—No me interesa.

—Lo sé. Pero ahora no se trata de lo que te interesa a ti, sino de lo que les conviene a ellos. Esos niños son el futuro y nosotros, el pasado. Debemos prepararlos para un mundo sin adultos. Y, en estos momentos, tú eres su referencia. Todo el mundo te ve como el héroe de Nueva Barcelona, como el hombre que atravesó la ciudad para devolverles la esperanza, como el valiente que les trajo a Lobo.

—El auténtico héroe es León.

—Pero eso los niños no lo saben. Ellos creen que lo eres tú.

—Los habitantes de esta especie de ciudad solo han conocido a León sin pierna. Pero, antes de que yo se la cortara, era un guerrero extraordinario. Y eso no ha cambiado. Tal vez ya no pueda pelear, pero sigue sabiendo cómo hacerlo. Si buscan a un líder, que lo elijan a él.

—Es curioso, porque él dice que el auténtico héroe eres tú.

—Pues miente.

El albino se acercó a uno de los ventanucos y contempló el cielo.

—Este templo no es mi lugar en el mundo —declaró entonces Néstor.

—Pertenece al lugar donde está Lobo. Tu deber como padre es cuidarlo.

—Yo no soy su padre.

—Sí, sí que lo eres. Aunque te niegues a aceptarlo, lo eres.

En ese punto, el profeta dio la media vuelta y se alejó en silencio, pero antes de descender por la escalera, añadió:

—Tienes que bajar. Debemos enterrar a Astrea y no podemos hacerlo sin ti.

Néstor continuó en el campanario durante algún tiempo más. Tenía muchas cosas en que pensar y no quería que nadie lo molestara. Durante todo ese rato, recordó los momentos vividos junto a Astrea, en especial el beso que se dieron aquel atardecer en la azotea. Todavía podía sentir la dulzura de sus labios, el sabor de su boca, la caricia de sus cabellos. Pese a todo, no derramó ni una sola lágrima. Había visto demasiadas cosas como para seguir siendo un chico que lloraba fácilmente: la muerte de su amada, la crueldad de los salvajes, el sufrimiento de los supervivientes... La realidad que imperaba en la ciudad le había endurecido el alma y ahora, por más que lo deseara, no conseguía expresar sus emociones.

En cualquier caso, media hora después bajó las escaleras y accedió a la nave del templo. Los supervivientes se agolpaban en el recinto y, cuando lo vieron aparecer, guardaron silencio. Los profetas alzaron entonces las antorchas y, sin perder un segundo, iniciaron el funeral. Pronunciaron discursos y rezaron oraciones, y después hicieron descender el féretro hasta su sepultura, situada junto al altar. Una enorme losa selló por siempre la tumba.

Y entonces, al oír el sonido hueco que emitió el mármol al encajar en el suelo, Néstor se derrumbó. Una hora antes había llegado a la conclusión de que ya no le quedaban lágrimas que verter, pero no era cierto. Porque en aquel momento, al ser consciente de que nunca más volvería a ver a Astrea, rompió a llorar del modo más triste que jamás se haya podido oír.

De hecho, su llanto estremeció tanto a los asistentes al funeral que, por un momento, el desconsuelo se extendió por Nueva Barcelona como un manto oscuro.

Después se dirigió hasta donde se encontraba León. Argos estaba a su lado, tumbado en el suelo, y también parecía triste. Los dos amigos se fundieron en un abrazo y, cuando se separaron, Néstor le confesó sus intenciones:

—No me voy a quedar.

—Lo sé. ¿Adónde irás?

—Salgo de nuevo a la ciudad. No puedo quedarme encerrado entre estas paredes. Ya no soy el cobarde que conociste. He cambiado. He cambiado mucho. Ahora me siento fuerte, me siento poderoso, me siento responsable de los supervivientes que siguen escondidos en la ciudad.

—¿Y qué pretendes? ¿Salvarlos a todos?

—No. No soy tan estúpido como para creer eso. Pero a algunos, sí.

—¿Estás loco! ¿Es que no recuerdas lo que ocurre ahí fuera? ¿Quieres volver a pasar por todo eso?

Néstor no respondió. Se quedó en silencio mientras los colores del rosetón se esparcían sobre su cuerpo.

—Ella habría querido que ayudara a los niños a quienes los salvajes siguen torturando.

—No —replicó León—. Ella habría querido que te quedaras con Lobo.

—Lobo puede quedarse contigo. Sé que tú cuidarás de él. A fin de cuentas, también es tu hijo. Recuerda lo que decía Astrea: es un niño con dos padres y una madre.

Néstor miró entonces la cuna donde estaba el bebé y, cogiéndolo en brazos, le susurró:

—Sé que prometí a tu madre que me quedaría contigo, pero no puedo permanecer en este lugar sabiendo que hay miles de huérfanos sufriendo. Te voy a dejar en manos de León y vendré a verte de vez en cuando. Pero nunca olvides, nunca jamás, que te quiero. Te quiero mucho.

Estrechó el cuerpo del bebé entre sus brazos y a continuación se lo entregó a León, quien le dijo:

—Me gustaría acompañarte, pero mi pierna...

—No te preocupes. Tus días como aventurero han llegado a su fin. Ahora debes enseñar a los niños de Nueva Barcelona a defenderse. Esa es tu misión a partir de este momento.

—¿Estás seguro de tu decisión?

—Sí.

León miró a los ojos de su amigo y supo que nunca podría convencerlo para que se quedara en el templo.

—¿Recuerdas el día en que nos conocimos? —le preguntó.

—Sí. Me caíste muy mal.

—Y tú a mí.

Los dos rieron.

—Ahora en serio —añadió León—. Cuando te conocí, eras una auténtica rata de biblioteca y debo confesarte que me dabas envidia. Yo era el fuerte del equipo, es cierto, pero tú poseías un cerebro privilegiado.

—En aquella época, hubiera dado lo que fuera por tener tu valentía.

—Pues ahora ya la tienes. Ahora eres el fuerte y el listo. Siento auténtica admiración hacia la persona en que te has convertido.

—Lo aprendí todo de ti y de Astrea.

—Tal vez. Pero a mí ya me has superado. Eres el aprendiz que supera al maestro. Y estoy

orgullosa de eso.

A continuación Néstor acarició la cabeza de Argos, que se levantó de inmediato y se puso a su lado.

—Está claro que quiere ir contigo —dijo León.

Néstor no contestó. Miró al perro, que meneó el rabo, y se encaminó hacia la salida con aquel animal a su lado. Al pasar junto a los tres profetas, uno de ellos le puso una mano en el hombro y sentenció:

—Nosotros perdemos a un amigo, pero la ciudad gana un héroe.

Y así fue como Néstor abandonó Nueva Barcelona. Su leyenda creció con el tiempo y fueron muchos los que recuperaron la libertad gracias a él. Pero eso es ya otra historia.

PREMIO JAÉN DE NARRATIVA JUVENIL 2019

Solo hay dos opciones: rendirse o luchar. Ella nunca fue de las que se rinden.



Han transcurrido seis meses de la llegada del Silencio.

Así llaman al día en que los adultos murieron.

Pero el Silencio sigue aquí. El caos se ha apoderado de la ciudad. Los niños están indefensos. Los adolescentes tienen los días contados. Saben que están condenados a morir al cumplir los veintidós años. Astrea solo tiene dieciséis, pero no está dispuesta a esperar la muerte sentada. Luchará para cambiar su suerte, aunque esto

suponga perder lo poco que le queda.

Álvaro Colomer (Barcelona, 1973) es un escritor y periodista siempre bien acogido por los lectores y críticos más apasionados. Ha publicado las novelas *La calle de los suicidios*, *Mimodrama de una ciudad muerta* y *Los bosques de Upsala*, ficción con la que el autor concluyó su trilogía de la muerte urbana. En 2017 publicó *Aunque caminen por el valle de la muerte*, novela que reconstruye la batalla de Najaf, uno de los combates más importantes de cuantos libró el ejército español durante la invasión de Irak. Ha publicado varios libros de no ficción, como *Guardianes de la memoria*, por el que en 2017 ganó el International Award for Excellence in Journalism concedido por el International Institute of Journalism and Communication. También es autor de varios libros infantiles y coautor de la trilogía juvenil *Terror en la red*, compuesta por *El chico que vivía encerrado en una habitación*, *La mujer con el corazón lleno de tormentas* y *Los hombres que querían apagar la luz del mundo*. Álvaro Colomer ha participado en numerosas antologías de cuentos y es colaborador habitual de *La Vanguardia*, *Yo Dona (El Mundo)* y la Cadena Ser, entre otros. En 2010 ganó el Premio Enerclub por un reportaje publicado en el suplemento *Magazine* del periódico *El Mundo*.

El jurado integrado por Marta Puig, Raquel Piñero, Guillermo Alonso y Mireia Lite otorgó a esta obra el Premio Jaén de Narrativa Juvenil 2019, convocado y patrocinado por Bankia y CajaGranada Fundación.

Bankia



Edición en formato digital: noviembre de 2019

© 2019, Álvaro Colomer

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Manuel Esclapez

Ilustración de portada: © Pepe Medina

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: ISBN: 978-84-18038-50-1

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Ahora llega el silencio

Parte/1

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Parte/2

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Parte/3

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Sobre este libro

Sobre Álvaro Colomer

Créditos